

Bianca®

Corazones sin rumbo

Lindsay Armstrong

Corazones sin rumbo

Rob Leicester era tan rico como arrogante y, al principio, a Caiti le resultó muy duro trabajar para él. Pero la hostilidad se convirtió en atracción y la virginal Caiti se entregó al guapo australiano. No cabía en sí de gozo cuando Rob le propuso que se casaran. Sin embargo, su alegría se trasformó en vergüenza al descubrir que Rob se había casado con ella por conveniencia. No le quedaba otra opción que abandonarlo y rehacer su vida en otro sitio. Pero Rob no parecía dispuesto a dejarla marchar…

En cuanto pudo apareció en su vida de nuevo y le pidió que fuera su esposa… pero esta vez de verdad

Capítulo 1

VOLAR hacia Cairns en un día despejado era como entrar flotando en el País de las Maravillas.

Caiti Galloway observaba hipnotizada el descenso sobre el Mar de Coral. Los arrecifes se asomaban entre la superficie color turquesa y la arena completamente blanca. Lo veía siempre que iba a su casa en Port Douglas, pero nunca dejaba de fascinarla.

Sin embargo, cerró los ojos cuando el avión tomó tierra. Llegar a Cairns podía ser mágico, pero también tenía muchos recuerdos para ella. Recuerdos de un hombre del que se enamoró. Un hombre que la deseaba, pero no la amaba.

Volvió a abrir los ojos cuando el avión se frenó y la mujer que estaba sentada a su lado le sonrió aliviada.

Hubo el clásico barullo mientras todos los pasajeros recuperaban los bultos, y por fin salió al ambiente húmedo y tropical del extremo norte de Queensland. Era como sentirse arropada por una manta de aire caliente. Había salido de la fresca Canberra y le sobraban los vaqueros y la camisa de manga larga.

Una vez en la terminal, buscó con la mirada a su prima Marión, que siempre solía llegar antes de tiempo. Marión, precisamente, era el motivo de que hubiera vuelto a Cairns. Iba a casarse y ella sería su dama de honor.

No veía a su prima por ningún lado y tampoco se percató del hombre alto que se había parado para mirarla de arriba abajo.

Rob Leicester destacaría en cualquier sitio sólo por su altura, pero además era moreno, con hombros anchos y estaba muy bronceado. Llevaba vaqueros y una camisa de algodón, y era la viva imagen de un hombre rudo. Sin embargo, al mirarlo con detenimiento, cosa que hacían muchas mujeres, se captaba una sensualidad embriagadora. ¿Sería por los ojos color avellana ligeramente melancólicos? ¿Sería por la boca un poco dura? ¿Sería por sus manos estilizadas y fuertes?

Las dos jovencitas que tenía a su lado lo miraban como si estuvieran preguntándose exactamente eso.

Sin embargo, él sólo miraba a Caiti, que estaba recogiendo su equipaje.

Ella no había cambiado. Tenía el mismo pelo largo de color negro con reflejos azulados que le recordaba a la seda salvaje. Tenía la misma piel dorada y delicada. Tenía la misma elegancia, aunque llevara vaqueros y una camisa blanca.

¿Cómo lo conseguía? ¿Sería por el detalle del cuello de la camisa

levantado o sería por el precioso cinturón de cuero que le resaltaba la esbelta cintura?

Caiti agarró la bolsa de la cinta continua, se dio la vuelta y se encontró con él de frente. Rob contuvo la respiración y se preguntó qué notaría en sus ojos azules cuando ella lo reconociera.

Ella se quedó mirándolo y Rob creyó que no podía haber tenido una reacción más satisfactoria.

Caiti abrió los ojos como platos, se sonrojó, dejó caer la bolsa y los pechos, que él conocía perfectamente, subieron y bajaron debajo de la camisa.

Rob se acercó para agarrar la bolsa y se dijo que seguía impresionándola a pesar de los dieciocho meses de alejamiento.

-Caiti... Menuda sorpresa. ¿Has decidido volver conmigo?

Caiti tragó saliva y se llevó la mano al corazón.

-Rob... ¿Qué haces aquí? Estoy buscando a mi prima. Marión...

Se quedó pálida.

-Tienes que tomar algo -la agarró del codo y la llevó hacia el bar.

-No... Verás... -intentó excusarse Caiti.

-No seas tonta. Parece como si fueras a desmayarte.

Rob la llevó a una mesa que había detrás de una palmera en un tiesto y fue a la barra. Caiti lo observaba con una mano en la garganta y el corazón desbocado. Hacía dieciocho largos meses había huido de Rob Leicester porque se había enamorado perdidamente de él, y había interpretado completamente al revés los sentimientos que tenía hacia ella. Darse cuenta había sido muy doloroso y la había dejado desolada. ¿Cómo había permitido que aquel hombre la enamorara de aquella manera? ¿Por qué no se había dado cuenta de todos los indicios que en ese momento le parecían tan claros y que la llevaban de cabeza a un hombre que la deseaba pero no estaba dispuesto a enamorarse de ella?

Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para alejarse del abismo y olvidarse de todo. Incluso había aceptado la invitación a la boda de Marión, pero al ver a Rob, algo le decía que no se había olvidado de nada.

Rob se volvió hacia ella con dos copas en las manos, pero un hombre de unos cincuenta años lo tocó en el hombro. Rob dejó las copas en la barra y estrechó la mano del desconocido. Charlaron un momento y el otro hombre dijo algo que hizo reír a Rob; Caiti tuvo que contener el aliento.

En ciertos momentos era evidente que Rob era rudo y complicado, pero en otros momentos, si lo conocías bien, tenía un lado apacible que la había encantado. Era el lado que la había abrumado al verlo reír.

Se le alteró el pulso cuando se vio dominada por los recuerdos de él

haciendo el amor. Sintió una oleada abrasadora que se llevó por delante todos los meses de abstinencia como si estuviera besándola y acariciándola.

Rob, por fin, dejó dos copas de brandy y se sentó.

-¿Quién... era? -preguntó Caiti para disimular su alteración.

-Un amigo de mi padre. Toma -le acercó la copa-. Parece que la necesitas.

Ella dio un sorbo y tosió.

-Perdona. No me esperaba encontrarme contigo así.

Rob se apoyó en el respaldo de la silla y la miró fijamente.

-Yo habría dicho que nunca vendrías por esta parte del mundo si querías evitarme.

-He venido a la boda de Marión. No sé si te he hablado de mi prima Marión. Estaba en el extranjero cuando nosotros...

-La mencionaste de pasada.

-Ya. Éramos íntimas. Ella vino a vivir con mis padres cuando se quedó huérfana, pero pasó mucho tiempo en el extranjero. Ahora, ella y Derek han vuelto para casarse dentro de un par de semanas. Soy dama de honor.

-Ya lo sé.

Caiti parpadeó.

-¿Cómo? ¿Cómo es posible que sepas...?

-Sé que vas a ser su dama de honor.

-¿Cómo es posible...? -lo miró fijamente.

Él hizo una mueca.

-Yo soy el padrino, por mis pecados.

-¿Tú... conoces a Derek Handy? -no daba crédito a lo que estaba oyendo-. ¿Conoces a mi prima Marión?

-Todavía no he conocido a Marión, pero durante años estuve con Derek en el internado.

Caiti agarró la copa y dio un buen sorbo.

-Me parece que no te gusto como padrino -le dijo Rob con tono burlón.

-No... Bueno, no tengo ni idea...

-Ah -la miró con los ojos entrecerrados-. Estás preguntándote cómo ha podido pasarte algo así.

Caiti intentó tomar aire.

-Sí.

Rob la miraba y tenía la imagen exacta de la última vez que la tuvo entre sus brazos. Aunque la relación con ella fue bastante corta, llegó a descubrir que nunca se podían saber sus reacciones. Sin embargo, había algo que no había cambiado: su cuerpo esbelto y el maravilloso pelo

negro, pero lo que más le había hechizado fueron aquellos ojos color lavanda.

-Entonces, no has vuelto a Cairns para verme de paso -insinuó Rob con cierta aspereza.

-Rob... es posible, pero después de la boda.

-Qué previsora.

Caiti cerró los ojos.

-Dijiste que eras el padrino de Derek por tus pecados. ¿Qué querías decir?

Rob se encogió de hombros.

-No me veo como el padrino ideal y habría buscado una excusa si él no llega a mencionar quién era la dama de honor...

Si Marión le hubiera advertido a ella... Tampoco habría servido de nada porque nunca se habría negado a ser su dama de honor.

-Por curiosidad, ¿dónde te has metido los últimos dieciocho meses? -le preguntó Rob-. Me he gastado una pequeña fortuna buscándote. Incluso hice algunas pesquisas en Nueva Caledonia.

Caiti pestañeó. Su madre, que era francesa, procedía de Nueva Caledonia. Poco antes de conocer a Rob, sus padres se habían separado inesperadamente y su madre había vuelto a su tierra. A Caiti le había impresionado mucho la separación de sus padres porque los adoraba. Había llegado a pensar que la separación le había hecho más vulnerable a Rob.

-Ah, mi madre recuperó el nombre de soltera -no contestó al resto de la pregunta-. ¿Qué tal está tu hermano Steve?

-Ahora está bien pero tuvo una convalecencia bastante larga.

-Entonces... has vuelto a Camp Ondine...

Él asintió con la cabeza.

-Acabo de llegar de Cooktown.

-Rob...

-Caiti -la interrumpió Rob-. No nos andemos por las ramas -la miró con una ironía inflexible-. Te casaste conmigo y saliste corriendo a los dos días. ¿No deberíamos hablar de eso?

Caiti se tapó la boca con la mano.

-Ya sabes el motivo.

-Yo...

Se calló cuando se oyó por el sistema de megafonía que pedían a Caitlin Galloway que pasara por el mostrador de información.

-Tendré algún mensaje de Marión. Algo la habrá retenido.

Rob se levantó.

-Yo iré.

Volvió a los dos minutos y le dio una hoja de papel. Le decía que

había tenido un pequeño accidente de tráfico, que no le había pasado nada, pero que no podía irse hasta que llegara la policía. También le pedía que tomara un taxi hasta su casa y que encontraría las llaves donde siempre.

-Escucha, Marión no sabe nada, ha estado dos años fuera. ¿Derek sabe algo?

-No -contestó Rob lentamente-. Preferí esperar a tu sentido común.

-No puedo soltárselo a Marión de repente. Se quedaría espantada.

-Es lo más probable -concedió él burlonamente.

-Tendrías que haberte buscado una excusa -le reprochó ella.

Él entrecruzó los dedos largos y fuertes.

-Ésa es una opinión muy personal.

-No. ¡No lo es! Cualquiera puede darse cuenta de que empañará su boda. Tú no estás emparentado con Derek y has dicho que no eres el padrino...

-Por la misma regla de tres -intervino Rob abruptamente-, cualquiera puede darse cuenta de que hay un asunto no resuelto entre nosotros, Caiti...

-No tenía por qué haberlo -le replicó ardientemente-. Podías haber tramitado el divorcio con mi abogado, como te dejé escrito antes de marcharme.

-Tu abogado. ¿Creías sinceramente que iba a conformarme con comunicarme contigo a través de tu abogado?

Caiti tragó saliva.

-Ya no sé qué pensar -se llevó las manos a las sienes.

Rob la miró fijamente. Siempre le había fascinado esos gestos tan franceses, que, sin duda, había heredado de su madre. Usaba mucho las manos, y él siempre había sabido cuándo estaba alterada por el movimiento de sus manos y por una palpitación que se le notaba en la base del cuello. En ese momento latía a toda velocidad.

-Cuanto antes se lo digas a Marión, mejor.

-Es muy fácil decirlo. Le sentará muy mal que no se lo dijera, pero era algo que no podía explicar por carta...

-Pero supongo que habrías pensado confesárselo cuando la vieras ahora -la miró con curiosidad-. ¿O habías pensado olvidarte de ello para siempre?

-¡Claro que no!

Se encontraron las miradas.

-No puedes reprocharme que lo pensara... -comentó él con ironía.

Caiti tragó saliva.

-Yo...

-Entonces, Caiti Leicester, cuanto antes reconozcas que las cosas no

están aclaradas entre nosotros, mejor.

-¿Las cosas? -repitió ella con voz ronca.

Rob volvió a apoyarse en el respaldo de la silla y la miró como si estuviera divirtiéndose.

-¿Te habría impresionado tanto encontrarme si yo no te importara nada?

Ella se mordió el labio.

-¿Hasta cuándo te quedas en Cairns? -dijo ella.

-Unos días. También he venido por trabajo. Creo que dentro de un par de días tenemos una reunión entre los novios, el padrino, la dama de honor, la madre de Derek, su hermana con su novio...

Caiti cerró los ojos y volvió a abrirlos como impulsados por un resorte cuando oyó la risa de Rob.

-Si pudieras ver la cara de espanto que has puesto... -le dijo él.

-R... Rob -a Caiti le temblaba la voz-. ¿Te habrías presentado de repente en esa reunión si no nos hubiéramos encontrado hoy?

Rob lo pensó.

-Es posible. Aunque dudo que tú hubieras estado tanto tiempo sin saber quién era el padrino. Voy poco a poco. Era imposible saber cuándo se enteraría la dama de honor de quién era el padrino...

-¡Es diabólico!

Rob la miró con intensidad.

-¿De verdad? ¿Dirías que es más diabólico que largarte de Camp Ondine a los dos días de casarte conmigo?

Ella separó los labios.

Rob se levantó.

-Piénsatelo. Entretanto, te llevaré a casa de Marión.

Caiti dudó y también se levantó.

-Gracias.

Afortunadamente, el viaje hasta la casa de Marión fue bastante corto. Aun así, fueron diez minutos cargados de tensión. Él no abrió la boca y ella miró por la ventanilla y comprobó que casi todo seguía igual en Cairns. La misma exuberancia tropical y los mismos cantos de los pájaros que eran tan característicos de esa zona.

Cuando pararon, Rob se volvió para mirarla.

-No serás tan tonta de volver a salir corriendo, ¿verdad?

Ella resopló y le aguantó la mirada.

-La primera vez no fue ninguna tontería.

-Pero estás de acuerdo en que saliste corriendo, ¿no? -insistió él con insolencia.

-Estoy de acuerdo en que me equivoqué y fui incapaz de aguantar las circunstancias. No obstante, no saldré corriendo hasta que hayamos

aclarado las cosas, porque, evidentemente, no podemos seguir así -abrió la puerta y se bajó del coche-. No te preocupes, puedo ocuparme de la bolsa.

Sin embargo, él también se bajó del coche y agarró la bolsa de Caiti.

-Entonces, hasta la reunión, pero te daré esto por si necesitas ponerte en contacto conmigo.

Sacó una tarjeta y se la dio a Caiti.

Ella ni siquiera la miró.

-No lo haré.

-Eres muy orgullosa -reconoció él con delicadeza-. Me recuerda a la primera vez que nos conocimos.

Rob esperó un instante mientras los ojos de Caiti se llenaban de recuerdos y luego, volvió a montarse en el coche y desapareció.

Caiti acababa de entrar en la casa cuando apareció Marión con el parachoques delantero abollado.

Marión Galloway era baja, de formas generosas, con el pelo rizado y castaño y un temperamento abierto y cálido. Tenía veinticinco años, dos más que Caiti, y era otorrinolaringóloga. A pesar de haber perdido a sus padres cuando era una adolescente, se había organizado bien la vida y su larga relación con Derek Handy siempre había ido sobre ruedas.

-¡Te he echado mucho de menos! -le dijo a Caiti mientras la abrazaba con fuerza.

-Yo también. ¿Qué tal te ha ido? Quiero que me lo cuentes absolutamente todo.

-Vamos a tomar una taza de té. ¡Caray! ¡Menuda tarde!

Al cabo de unos minutos estaban en la terraza con sus tazas de té mientras Marión le contaba su viaje.

-Pero es maravilloso volver a casa -concluyó Marión-. Ya llevo seis semanas, pero sigue siendo maravilloso. Sólo siento que no nos viéramos antes.

-Es mejor así. Tengo todo un mes libre.

-Ahora te toca a ti. Trabajar en la embajada francesa parece maravilloso. Es una suerte que tengas una madre francesa -Marión se puso seria-. ¿Hay alguna posibilidad de que tus padres se reconcilien?

El padre de Caiti y el de Marión eran hermanos.

-No. Sigo sin poder creérmelo. Ella tiene otro hombre en su vida y no me gusta nada. Papá está por Sudamérica. Tiene que estar destrozado. Llevaban veinticinco años casados cuando se separaron.

Manon sacudió la cabeza y pasaron a comentar el trabajo de Caiti como intérprete y su vida en la capital.

-Está muy lejos de Cairns -comentó Marión entre risas-. ¿Por qué dejaste de dar clases?

Caiti vaciló porque aquello llevaba a terrenos resbaladizos. ¿Cómo podía explicarle que sus padres se habían separado y dar clases de francés a unos estudiantes sin interés no era consuelo para su corazón afligido? ¿Cómo podía explicarle que había dejado las clases para hacerse guía turística y eso la había llevado a los brazos de Rob?

-Bueno... me aburrí -aseguró sin dar detalles.

-La verdad es que nunca pensé que estuvieras hecha para dar clases. Eres tan artística...

-Bueno, he podido satisfacer un poco esa parte de mí. El año pasado hice un curso de literatura francesa en la Universidad de Canberra y otro de música. ¡Pero quiero saber todos los planes de la boda!

Marión resopló.

-La verdad es que todo ha sido un poco precipitado.

-Ya lo pensé. Dos meses no es mucho tiempo para preparar una boda.

-¡A mí me lo vas a decir! Pero cuando Derek y yo volvimos, supe que era el momento de hacerlo.

Caiti miró a su prima. Había algo que no entendía. Marión y Derek habían estado cuatro años juntos, ¿por qué le habían entrado esas prisas?

-Creía que lo tenía todo controlado -siguió Marión-, pero nada de eso, ha sido una verdadera batalla. La madre de Derek tiene ideas muy claras y como yo no tengo madre, ella ha decidido sustituirla. Ha habido un par de momentos tensos.

-¿Como cuáles?

-Por ejemplo, está obsesionada con el color rosa. Quería humo rosa, palomas rosas, trajes rosas para las damas de honor y que los niños del coro fueran vestidos de ángeles con las alas rosas.

Caiti empezó a reírse.

-¡No puedo creérmelo!

-Ya la conocerás. Pero Eloise, la otra dama de honor y hermana de Derek, y tú llevaréis un vestido azul oscuro.

-¡Gracias, Marión! Con el rosa parece que tengo ictericia.

Marión sonrió.

-Lo demás ha ido saliendo bastante bien. Derek está especialmente contento porque ha conseguido que su padrino sea quien él quería.

Caiti se quedó paralizada.

Marión sirvió más té y no se dio cuenta.

-Ha sido una verdadera suerte, porque Rob Leicester siempre está de un lado para otro. ¿Has oído hablar de los centros turísticos Leicester?

-Sí...

Pareció que lo decía como si estuviera intentando encontrar algo en su memoria cuando en realidad estaba buscando la forma de decirle que

se había casado con el creador de los centros turísticos Leicester y que lo había dejado plantado.

-Han hecho unos centros turísticos en zonas remotas que han funcionado muy bien -le explicó Marión-. Bueno, lo ha hecho Rob. Su familia tiene una explotación ganadera en Cape York, pero Rob, que es el hijo menor, decidió diversificar la empresa. El primer centro fue Camp Ondine, al norte de Dain-tree. Al parecer, tiene unos arrecifes y unos bosques tropicales maravillosos. ¿Quieres otra galleta?

Caiti negó con la cabeza como si estuviera aturdida.

-El caso es que Derek y Rob fueron juntos al internado y mantuvieron la amistad desde entonces. No sé muy bien por qué Derek lo ha admirado siempre tanto y se alegró mucho de poder contar con él -Marión frunció ligeramente el ceño-. Es más, es el único detalle de la boda que cuenta con la aprobación plena de Derek.

-¿Qué quieres decir? -Caiti también frunció el ceño.

Marión sacudió la cabeza entre risas.

-Nada. Bueno, Derek no lo ha pasado bien con las discusiones entre su madre y yo. Es el único hijo varón y ella se quedó viuda hace poco. No sé, es como si confiara en Rob para que le ayude a pasar el trago. Yo no lo conozco y espero que esté bien. Por cierto, dentro de un par de días tendremos una reunión y podremos conocer al famoso Rob Leicester.

-Marión…

-Cariño -la interrumpió Marión-, pareces muy cansada. Has hecho un viaje larguísimo y yo no paro de cotorrear del padrino de Derek. ¿Por qué no te das un buen baño mientras preparo la cena?

Capítulo 2

CAITI abrió el grifo de la bañera y se sentó para ver correr el agua. Seguía sin entender nada. Además, había otra cosa que la preocupaba, aunque quizá se debiera a que estaba demasiado susceptible. Le había parecido que las cosas no marchaban tan bien como deberían entre Marión y Derek.

Sólo había una cosa que estaba muy clara, a Derek le fastidiaría tener que buscar otro padrino. Sin embargo, ¿estaba Derek planteándoselo? ¿No estaría Marión apremiándolo a casarse cuando no estaba decidido?

Cerró los grifos y se quedó pensando que todo eso eran minucias en comparación con la realidad que tenía que afrontar ella. La realidad de darse cuenta de que seguía siendo tan vulnerable a Rob como lo había sido siempre. Recordó que había sido muy vulnerable. La separación de sus padres, justo antes de conocer a Rob, la había dejado desconcertada y angustiada. No le sorprendieron el desconcierto y la angustia, pero con veintiún años no consiguió asimilar la soledad que se encontró cuando cada uno de sus padres tomó un camino distinto.

Para contrarrestarla, dejó su trabajo de profesora y buscó algo más estimulante. Solicitó un trabajo de guía turística e intérprete en una empresa especializada en atraer turistas franceses para llevarlos a hacer circuitos por Cairns y los parajes tropicales de Queensland.

Le dieron el trabajo a pesar de no tener experiencia y allí conoció a Rob.

Una parte del recorrido consistía en pasar dos noches en un centro turístico de lujo en medio del bosque tropical. En ese momento, Rob Leicester dirigía Camp Ondine. Estaba al norte de Cairns, en la desembocadura de un río, y además de la experiencia del bosque tropical ofrecía excursiones y la posibilidad de pescar en la Gran Barrera de Arrecifes. La capacidad máxima era de treinta personas y cuidaba con esmero el servicio y la cocina.

Caiti se quedó impresionada, pero cuando conoció al hombre que lo dirigía fue como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Entonces, Rob tenía treinta años, nueve más que ella. Encima, al principio la consideró un desastre y se lo dijo.

La mente le echó a volar sentada junto a la bañera de Marión...

Caiti recordaba al hombre que acababa de decirle que era un desastre. Era alto y rudo y tenía el pelo tupido, moreno y algo enmarañado. También tenía una sombra azulada en la mandíbula. Llevaba vaqueros y una camiseta blanca, y aunque era el propietario,

trabajaba hombro con hombro con los demás empleados.

Además, los vaqueros y la camiseta se ceñían a unos hombros anchos y resaltaban toda su virilidad. La impresión hizo que Caiti dejara escapar un suspiro improcedente.

Sobre todo, tenía unos ojos color avellana que la miraban con insolencia y sin ningún interés. Ella pensó que era grande, rudo, miserable y desagradable.

-Puede irse al infierno, señor Leicester -le dijo con toda la arrogancia que pudo.

Aquellos ojos avellana se iluminaron con cierta curiosidad.

-Entiendo. También es una rebelde sin causa.

-Es mi primera semana en el trabajo. Necesito algo de tiempo para hacerme con él.

-Lo que necesita es un ayudante con experiencia, alguien que coordine los equipajes de sus clientes y todos los pequeños detalles de su trabajo para que usted pueda resultar -la miró de arriba a bajo-... decorativa y asombrarnos con sus conocimientos de francés.

-Usted no me gusta -afirmó Caiti entre dientes. Rob esbozó algo parecido a una sonrisa y mostró unos dientes perfectos.

-Ni falta que hace. Usted tampoco tiene que gustarme señorita Galloway. El caso es que anoche preparamos doce cenas que no eran vegetarianas a doce franceses que sí eran vegetarianos porque usted se equivocó al hacer el pedido.

Caiti se sonrojó.

-¿Puede imaginarse el caos de la cocina cuando se descubrió el error? -remachó Rob.

-Lo siento -se disculpó Caiti-. Estaba agobiada. Tengo que decirle que su cocina lo resolvió maravillosamente. Esta mañana he recibido todo tipo de alabanzas.

Rob se cruzó de brazos, la miró inexpresivamente durante un instante y luego hizo una mueca con los labios.

-Es impresionante lo que pueden conseguir unos ojos color lavanda, un pelo negro como la seda salvaje y un trasero bien puesto.

Ella abrió la boca para replicar, pero decidió retirarse con aire de ofendida.

La siguiente vez que fue a Camp Ondine, se desvivió para tener todo controlado, pero la camioneta todoterreno se estropeó en medio de un aguacero tropical. Cuando llegaron a Camp Ondine, los diez turistas estaban empapados y habían pasado cuatro horas desde que se suponía que debían haber servido la cena.

Rob los recibió y la miró cono unos ojos que hablaban por sí solos. Caiti no pudo defenderse hasta que los turistas hubieron cenado y se

hubieron acostado.

Estaba cruzando el salón camino de su cabana cuando se topó con Rob.

-No puede echarme la culpa de que se haya roto el diferencial.

-Hay quien dice que los problemas llaman a los problemas.

Esa noche, llevaba unos pantalones de algodón color caqui y una camisa.

Caiti fue a rebatir su teoría, pero él se adelantó y le propuso beber algo.

-¿Por qué iba a querer beber algo? -le preguntó Caiti.

-Porque está cansada y ha tenido un día muy difícil.

-Se lo diré de otra forma -lo miró con frialdad-. ¿Por qué iba a querer beber algo con usted? Si no recuerdo mal, no nos gustamos.

-Eso podría cambiar. Además, yo no he dicho que no me guste.

Caiti parpadeó e intentó recordar. Él pasó el brazo detrás de una pequeña barra y sacó una botella de vino frío y una cerveza.

-Lo que dije fue que no hacía falta que nos gustáramos. No es lo mismo... -abrió la botella de vino con destreza.

Sirvió el vino en una copa, abrió la lata de cerveza y le dio la copa a Caiti mientras la invitaba a sentarse.

Caiti miró alrededor. El salón tenía el techo de paja sujeto por unos troncos. El suelo estaba cubierto de coloristas alfombras y había unos sofás muy cómodos y unas lámparas que iluminaban tenuemente los rincones. Los ventanales daban al bosque y estaban mojados por las gotas de lluvia, pero eso sólo servía para resaltar lo cómodo, placentero y seguro que resultaba el salón.

Caiti se sentó con un suspiro.

-¿Cómo consigue que no entren?

Él se repantigó enfrente de ella.

-Que no entre, ¿quién?

-Las ranas -Caiti se encogió de hombros-. ¡Están por todos lados!

-Ah... cuando tuvo la avería en Daintree...

-Sí -dio un sorbo de vino-. Menos mal que ninguno de los turistas habla inglés.

Rob sonrió.

-¿Se expresó con cierta crudeza?

-Me expresé con palabras que nunca había empleado en público.

-Algunas palabras son universales.

Caiti lo miró entre las pestañas.

-Espero que no.

Rob la miraba intensamente. Ella ya estaba seca y vestida con unos pantalones color berenjena y una ceñida blusa de seda. Rob pensó que

no era exactamente hermosa, pero que era especial e irresistible. Tenía la cara estrecha y ovalada, la piel dorada y el fabuloso pelo anudado en un elegante moño era el marco perfecto para su rostro y su esbelto cuello. Además, tenía unos ojos impresionantes, y transmitía elegancia.

-¿Cómo ha conseguido este trabajo? -preguntó Rob cuando Caiti empezaba a sentirse incómoda.

-Porque hablo francés.

-¿Nada más? -Rob arqueó una ceja.

-También pasé tres meses en Francia y no soy idiota.

-¿De dónde viene la conexión francesa?

-Mi madre es francesa, nació en Nueva Caledonia, pero yo nací en Port Douglas -Port Douglas no estaba lejos de Camp Ondine-. Algo que también era un punto a favor de este trabajo.

-Así de simple... -murmuró Rob.

Caiti lo miró con ojos asesinos.

-Lo que me parece simple es que por las circunstancias pueda creer que soy tonta e inútil. Créalo si quiere, pero está muy equivocado. Buenas noches.

Vació la copa y se levantó.

Él hizo lo mismo con la lata de cerveza en la mano.

-Buenas noches, señorita Galloway. Por cierto, no siempre podemos mantener a raya a la fauna local. ¿Quiere que compruebe su cabaña antes de retirarse?

Ella se sintió muy tentada por un momento y tuvo la sensación de que entre ellos fluía algo distinto. Él volvía a observarla detenidamente, pero se concentraba en el cuerpo.

A ella se le encogió el estómago por el impacto de su virilidad. Era un impacto devastador. Era como si lo estuviera reduciendo todo a lo más elemental entre un hombre y una mujer, como si sólo fueran carne, como si aspiraran la esencia del otro y se embriagaran, se ocultaran, se entregaran, se pusieran a prueba, se satisficieran...

Era una sensación tan poderosa que le miró involuntariamente las manos porque casi las sentía sobre sus pechos.

Sin embargo, él cambió de expresión y se vio abrumada por otra impresión de Rob. Efectivamente, era rudo y poderoso, pero quizá también fuera más complejo que lo que ella se había imaginado.

Las líneas y los ángulos de su cara eran interesantes, la miró con ojos rebosantes de curiosidad y esbozó media sonrisa que era tremendamente sexy.

A ella se le desbocó el corazón, el pulso se le alteró y nada en el mundo habría podido evitar que se sintiera arrebatada por Rob Leicester. Como también estaba segura de que si él iba a su cabana todo

terminaría...

Se ordenó parar en seco e hizo todo lo posible por dominarse.

-Mmm, correré el riesgo. Me parece más seguro que... -Caiti cerró los ojos.

-¿Más seguro que...?

Lo sabía perfectamente. Sin embargo, cuando abrió los ojos vio que tenía un gesto burlón y quiso matarse a sí misma.

-Me... apañaré -contestó Caiti con toda la naturalidad que pudo reunir mientras levantaba la barbilla.

-Entonces, si oigo gritos femeninos o expresiones nada femeninas que salen de su cabaña, ¿no les hago caso? -preguntó con seriedad.

-Así es -esa vez, la mirada color lavanda era peligrosa.

-Así será. En cualquier caso, estoy en la puerta de al lado, por si la abandona ese coraje... recién estrenado. Buenas noches, señorita Galloway.

Rob se dio la vuelta y salió del salón. Lo cual fue una suerte para Caiti porque ella estaba pegada al suelo. La idea de tener a Rob puerta con puerta era infinitamente perturbadora. La cabaña que le habían dado esa vez era doble; dos habitaciones separadas por un tabique que compartían el porche.

Al cabo de un momento revivió y se preguntó si se había vuelto loca. Sólo había visto dos veces a ese hombre y en circunstancias bastante complicadas. Los presagios no eran nada halagüeños. Se desvistió y bajó el mosquitero.

Al otro lado de la cabaña no había ruidos ni luces y supuso que su torturador no se habría acostado todavía. Sin embargo, sí se oían millones de ranas croar.

Pensó que no conseguiría dormir y en ese instante se puso en tensión al oír unos pasos y un ligerísimo toque en la puerta.

-¿Está bien, señorita Galloway? -le preguntó Rob con delicadeza.

Ella sintió un extraño alivio.

-Muy bien, señor Leicester. Muy bien, gracias.

-Que duerma bien.

Oyó que él abría y volvía a cerrar la puerta.

A la mañana siguiente no quedaba rastro de su mutua atracción.

Él se ocupó de la primera excursión en lancha a las islas Hope que habían elegido seis de sus turistas. También se necesitaban los servicios de Caiti como interprete. Rob se concentró en los turistas y dejó sola a Caiti para que sirviera el *picnic*.

Hacía un día precioso. Había dejado de llover, el mar estaba en calma y de un color azul pálido. No estaban lejos de la costa y el espectáculo de las montañas verdes era magnífico. Además, los peces

picaban.

Pese a las limitaciones del idioma, se notaba la camaradería de los siete hombres mientras pescaban. Caiti pensó que había un lenguaje universal entre los pescadores. También pensó que estaba exponiéndose peligrosamente a Rob.

Rob dirigió la excursión con una gran destreza. Parecía saber todo sobre el arte de pescar y de limpiar los peces. En una ocasión, vio que la miraba de soslayo mientras sacaba las tripas de un pez enorme.

Sin embargo, ella no tenía ningún remilgo en lo relacionado con los peces, vivos o muertos. Sus padres habían tenido un restaurante en Port Douglas y había aprendido todo lo que tenía que ver con la cocina del pescado.

Agarró un cuchillo y fileteó limpiamente un pez descabezado. Eso le mereció unos sonoros aplausos de todos menos de Rob Leicester.

Cuando llegaron a un islote precioso que se llamaba Hope, Rob le explicó breve y detalladamente dónde y cómo debía preparar la comida y él se fue con todo el grupo a explorar la isla y a darse un baño.

Ella lo mandó muy lejos mentalmente, se quitó la ropa hasta quedarse sólo con el bikini color amatista y se dio un baño en las aguas cristalinas.

Se secó con la toalla y se puso los pantalones cortos, pero no se tapó la parte superior del cuerpo. Se soltó el pelo para que se secara y empezó a preparar la comida para cuando llegara el grupo. Todos estaban entusiasmados con la isla y llenos de preguntas que no habían podido hacer a Rob. Era otro tanto que se apuntaba ella.

Rob la miró con los ojos entrecerrados.

-Me parece que no tiene abuela -le comentó Rob mientras se servía una taza de café.

-¿Abuela? -le preguntó uno del grupo-. ¿Qué querer decir, señorita Caiti?

Ella sonrió al señor de mediana edad.

-Cree… -se detuvo un instante- que soy muy competente -le dijo en vez de intentar explicarle que creía que era una presuntuosa.

-¡Bravo! -exclamaron todos.

-*¡Merci!* -Caiti se volvió hacia Rob-. Me parece que no me consideran presuntuosa.

-Eso me ha parecido entender -la miró de malhumor-. ¿Qué les ha dicho exactamente?

-No he querido rebajar el concepto que tienen de usted -le contestó con una sonrisa.

-Gracias, pero ¿no le importa ir traduciendo cosas que no son verdad?

Caiti hizo una mueca.

-Se le podrían haber amotinado.

-Y el orgullo está por encima de todo -replicó él inmediatamente.

-¿Es por mí o siempre tiene estas teorías? –ella seguía sonriendo encantadoramente-. Si se trata de mí, me pregunto qué podría hacer para convencerle de lo contrario.

-Una golondrina no hace verano. Me reservaré la opinión.

Rob se levantó y empezó a recoger la comida.

Ella lo miró un instante. La camiseta se le ceñía sobre la poderosa espalda y los pantalones cortos dejaban ver las piernas largas y musculosas. Sintió un vacío en el estómago.

-También puede irse al infierno, señor Leicester -contraatacó ella mientras bajaba a la orilla.

Sin embargo, se daba cuenta de que en su interior estaba inquieta y desconcertada. Ella no tenía la culpa de lo que había pasado con el todoterreno. Él sólo podía reprocharle un error en el viaje anterior, pero no era motivo para que tuviera esa actitud. ¿Sería por lo ocurrido la noche pasada?

Se paró en seco. ¿Se debería a que ella no hubiera reconocido la indudable atracción que había surgido entre ellos? Pensó que en ese caso había llegado el momento de que se le resistieran más mujeres.

En el viaje de vuelta no se pararon a pescar y llegaron sobre las cuatro y media, lo que le dejaba una hora antes de empezar a preparar la barbacoa de pescado que iban a hacer.

Se fue a su cabaña y se dio cuenta de lo cansada que estaba.

Se duchó, se hizo una taza de té y no pudo resistir la tentación de la cama perfectamente hecha. Echaría una cabezada. A los veinte minutos estaría descansada y resplandeciente.

Una hora y media más tarde, se sentó con la mano en la garganta. No tenía ni idea de dónde estaba, y oyó que alguien estaba llamando a la puerta. Estaba oscuro y repentinamente cayó en la cuenta.

Se levantó de un salto y fue a abrir con la esperanza de que no fuera Rob. Era él. Estaba peinado y aseado y llevaba unos vaqueros y una camisa blanca.

-¡No! Llego tarde, ¿verdad? Me he quedado... profundamente dormida -balbució mientras se agarraba el pareo de algodón con una mano y con la otra intentaba colocarse el pelo-. Supongo que estará encantado.

Él arqueó las cejas.

-¿Por qué iba a estarlo?

-Porque confirma una de sus teorías. Una golondrina no hace verano.

-Al contrario, yo la habría dejado dormir, señorita Galloway, pero su

grupo no opina lo mismo. Quieren que vaya a la barbacoa para celebrar la última noche en Camp Ondine. No sé si se amotinarán, pero he preferido no correr el riesgo.

Caiti lo miró a los ojos y luego se miró a sí misma.

-Me siento fatal.

-No pasa de ser una negligencia. No es para tanto.

-No -Caiti tragó saliva-. Me refiero a que me siento pesada y atontada.

-Entiendo. Nunca habría pensado que pudiera sentirse pesada -la miró de arriba abajo-, pero creo que puedo solucionar el resto. Espere.

Ella se dijo que siempre estaba dándole órdenes, pero tuvo que tragarse las palabras cuando volvió con un vaso alto y helado y se lo puso en la mano.

-¿Qué es? -le preguntó ella con recelo.

-No haga preguntas. Es un revitalizador fantástico. Con una ducha y una vestimenta un poco más apropiada, estará estupendamente. Tiene media hora. Mientras, yo me ocuparé de la tropa.

Esa vez sí cerró la puerta después de marcharse. Caiti miró la puerta y el vaso. Dio un sorbo. Era maravilloso, fuera lo que fuese. Tenía mango y otras frutas exprimidas sobre hielo picado con rodajas de lima.

Dio un sorbo más grande y habría jurado que se sentía mucho mejor. Volvió a ducharse y se preparó para vestirse con un entusiasmo renovado. Después de unos minutos y algunos sorbos más, su leve maquillaje estaba perfecto y hasta el pelo se dejaba domar. Se lo sujetó detrás con una pinza de plata con forma de mariposa y dejó que el resto cayera suelto como una cascada negra.

Decidió que llevaría los pantalones color berenjena, unas sandalias plateadas sin tacón y un top también plateado. Sencillo, pero elegante. Se quedó mirando el vaso medio vacío. ¿Sería tan inofensivo como había dado a entender él? ¿Era posible pasar de sentirse fatal a sentirse como una reina en cuestión de veinte minutos? Eso le hizo preguntarse qué tipo de hombre era Rob Leicester. Parpadeó un par de veces y decidió no beber más de aquel brebaje.

Rob estaba a punto de servir el pescado cuando ella llegó a la barbacoa y recibió una calurosa bienvenida.

Pidió disculpas, pero todo el mundo las rechazó y pronto se sintió como si fuera la invitada de honor. No pudo evitar preguntarse cómo le sentaría eso a Rob, que era quien había cocinado todo.

Aparte, unas camareras con flores en la cabeza y coloristas vestidos sirvieron buenos vinos. Caiti no los probó, pero se sentía feliz de comprobar que los clientes estaban disfrutando mucho. Se dijo que ella tendría algo que ver y rezó para que el resto del viaje resultara igual de

bien.

Miró el reloj y decidió que era el momento de comunicarles que al día siguiente tenían que madrugar. Todos gruñeron un poco, pero fueron retirándose a sus habitaciones.

-Un éxito, señorita Galloway.

Caiti levantó la mirada del mostrador de recepción donde estaba preparando los bonos para que no hubiera problemas por la mañana.

-Gracias a usted y a su maravillosa comida, señor Leicester. El sitio también es maravilloso.

-Bueno, no estoy muy seguro de eso -se cruzó de brazos y se apoyó en la pared.

-¿Qué quiere decir?

-He recogido algunas opiniones.

Ella se encogió de hombros.

-Estoy segura de que de vez en cuando conviene contrastar las opiniones que tienen de uno. ¿Qué opinan?

Él se lo tomó con calma. Es decir, la miró de arriba abajo como había tomado por costumbre hacer.

-Creo que es una verdadera encantadora de serpientes.

Se miraron a los ojos con seriedad.

-¿Por qué será que tengo la sensación de que eso no es precisamente un halago?

-No lo sé.

-Se lo diré. Estoy segura de que el «encanto» no es algo que usted valora.

-¿De dónde ha sacado eso?

-¡Vamos! No se ande con rodeos. No le gusto, está convencido de que estoy utilizando mi «encanto» para hacer el trabajo. Por cierto, ¿qué le puso a esa bebida?

Él entrecerró los ojos.

-Nada alcohólico. Sólo un toque de granadina. ¿Insinúa que intenté emborracharla?

Caiti se mordió el labio.

-La verdad... es que me revivió.

-Ya me di cuenta -lo ojo le brillaron con cierto aire .burlón-. Le aseguro que no tenía nada más.

-Bueno -se sintió sin argumentos-. Bueno, aunque no quisiera emborracharme, estoy harta de sus continuas censuras.

-No censuro todo, señorita Galloway.

Se acercó a ella. Caiti abrió los ojos de par en par y se puso al otro lado del mostrador mientras lo señalaba con un dedo.

-Alto, señor Leicester.

Rob se paró en seco y empezó a reírse. Caiti, completamente desconcertada, parpadeó varias veces.

-¡No tiene gracia!

-No, pero usted sí la tiene. Así se zafa de ellos.

-¿Zafarme? ¿De quién?

-De todos los hombres que la desean en los viajes.

-Quizá le interese saber que ese problema no se ha presentado jamás.

-Es una cuestión de tiempo.

Caiti notaba que empezaba a perder los nervios.

-¿Le importaría dejarme, señor Leicester?

-Claro -contestó tranquilamente-, pero para que no haya lugar a equivocaciones le diré que quizá no me guste del todo -se inclinó sobre el mostrador-, pero sí la deseo.

Se miraron a los ojos. Los de él transmitían cierta ironía. Hasta que él se dio la vuelta y se alejó.

-Y quizá le interese saber, señor Leicester -esperó a que él se parara y la mirara-, que si yo fuera un hombre, lo tumbaría de un puñetazo.

Guardó los papeles en el maletín y se marchó dominada por la ira.

Él la agarró antes de que abandonara la zona de recepción.

-Escuche -la tenía agarrada de las muñecas-. Lo siento. No he estado muy acertado.

Eso pilló desprevenida a Caiti y dejó de forcejear. Él la miró cautelosamente.

-Le pido mis más sinceras disculpas, pero hay algunas mujeres que sí utilizan su cuerpo.

-Yo no tengo mucho que utilizar. ¡Ni se me habría ocurrido!

-Entonces, se equivoca, señorita Galloway. Quizá no sea una belleza clásica, pero se mueve con una elegancia impresionante, sus manos, su pelo y sus ojos son increíblemente bellos y tiene una personalidad irresistible.

-Entonces, ¿por qué...?

-Acabo de darme cuenta de que es auténtico.

-¿Porque he querido tumbarlo?

Él asintió con la cabeza.

-Lo ha dicho con verdaderas ganas.

Caiti tomó aire y él le soltó las muñecas. Ella se las frotó sin darse cuenta.

-Perdone -le dijo Rob con un hilo de voz.

-Perdonado, pero...

-Tiene razón -la interrumpió él-. No nos precipitemos aunque hayamos aclarado todos los malentendidos. ¿Cuándo volverá por Camp Ondine?

-Mmm. Creo que dentro de un par de semanas.

Él esbozó su famosa media sonrisa.

-Entonces, podíamos empezar a conocernos mejor...

Ella dudó.

-¿Qué tiene pensado?

-Mmm, una seducción en toda regla.

Ella separó los labios.

-Me lo temía, pero no me dejo seducir fácilmente.

Él arqueó una ceja.

-Mejor para usted. Lo he dicho sólo porque parecía tan temerosa... Lo que realmente tenía pensado era tomar algo y charlar un rato. Podríamos llamarlo un alto el fuego...

Ella seguía mirándolo con cautela.

-¿Tampoco lo acepta?

-Creo que estoy un poco desconcertada -reconoció ella.

Se hizo un pequeño silencio.

-¿Puedo preguntarle cuántos años tiene, señorita Galloway?

-Veintiuno.

Él hizo un gesto de sorpresa.

-¿Creía que era mayor? -le reprochó ella-. No es muy galante, señor Leicester.

-Le pido disculpas. Es verdad, pero yo creo que era un halago. Tiene un aire de madurez, eso es lo que quería decir.

-Querrá decirlo cuando no llego tarde o me equivoco en los pedidos... -replicó ella sin poder disimular una sonrisa durante más tiempo. Él se rió.

-Quizá no deba decir nada más que dentro de un par de semanas yo seguiré por aquí, señorita Galloway.

-Para entonces ya me habré hecho con todos los trucos de la profesión.

Caiti oyó unos golpecitos en la puerta que la devolvieron a la realidad.

-¿Te pasa algo, Caiti? -le preguntó Marión.

Se levantó del taburete y se aclaró la garganta.

-Estoy bien. Salgo enseguida.

-No tengas prisa. Había pensado que a lo mejor te habías quedado dormida. Derek estará a punto de llegar.

Caiti oyó los pasos de Marión que se alejaban y se metió en la bañera. El agua se había quedado fría, tan fría como se sentía ella por el peso de los recuerdos.

Capítulo 3

CUANDO por fin apareció, Derek Handy la saludó con más efusión de lo normal. Marión y él estaban en el porche tomando unos canapés y bebiendo algo.

-Hacía mucho tiempo que no te veía, Caiti, pero no has cambiado nada -le acercó una silla.

-Tú tampoco, Derek -contestó con una sonrisa mientras aceptaba encantada una ginebra con tónica-. No sabes cómo me alegro de volver a estar en el trópico bebiendo una ginebra con tónica, si hay algo que no soporto de Canberra es el frío.

Charlaron animadamente durante media hora y Caiti se dio cuenta de que estaba concentrada en Derek al acordarse del mar de fondo que había notado en Marión.

Derek siempre había sido un enigma para Caiti. No dudaba que fuera muy inteligente y podía entender que tuviera muchas cosas en común con Marión, pero no era fácil estar con él y siempre había sospechado que tenía algún complejo, pero nunca había sabido por qué.

En ese momento, quizá debido a los dos años de separación, vio con bastante claridad que a Derek podían molestarle sus gruesas gafas, la incipiente calvicie, su altura media y su poca sociabilidad. Eso también explicaría su admiración por Rob.

Sin embargo, ¿explicaba sus dudas respecto a la boda? Quizá se hubieran invertido los papeles y a él no le gustara. ¿Estaría Marión, que siempre había sido una pareja dócil, tomando las riendas?

Caiti pensó que seguramente estaba imaginándoselo todo. Ella también estaba bastante alterada.

Empezaron a cenar la pasta y Derek sacó el asunto del padrino.

-Dentro de un par de días vamos a hacer una pequeña fiesta -le comentó a Caiti-. Así conocerás a mi madre, a mi hermana y a Rob. ¿Te lo había dicho Marión?

-Claro que se lo había dicho, cariño. Al fin y al cabo, es tu caballero andante.

Derek se quedó quieto y se volvió hacia su novia.

-¿Qué quieres decir con eso?

Marión lo miró con los ojos muy abiertos.

-Que es el mejor hombre sobre la faz de la tierra... Espero que esté a la altura.

Caiti tomó aire ante la tensión que estaba estropeando una velada tan agradable.

-Marión -Derek se levantó-, no has dejado de hacer comentarios

irónicos sobre Rob desde que hablé de él. Ya estoy cansado.

Derek bajó los escalones, se montó en el coche, cerró de un portazo y se marchó a toda velocidad.

Caiti miró a su prima que lloraba en silencio.

-Querida, ¿qué pasa?

-No lo sé -Marión sollozó-. Ha cambiado por algún motivo, pero no sé por qué y está destrozándome.

Caiti se levantó y la abrazó.

-¿Has cambiado tú? Quiero decir, ¿sigues queriendo casarte con Derek?

-¡Sí! -lo dijo con todas sus ganas-. Llevo años queriendo casarme con él. Ya sé que a veces no lo entendías, Caiti. Ya sé que a veces es quisquilloso y difícil de tratar, pero cuando estamos solos... conectamos.

Caiti le acarició el pelo y pensó que podía decirle que su empeño en esa boda precipitada podría estar hiriendo la vanidad masculina de Derek, pero tampoco podía estar muy segura. También podía suavizar todo con un poco de sentido común.

-Creo... -dijo lentamente mientras volvía a su silla-. Los preparativos de una boda siempre son complicados y como ésta es un poco repentina, pues todo empeora. Tenemos que encontrar una manera de que os tranquilicéis y disfrutéis de las dos semanas que quedan.

-¿Cómo lo hacemos?

-Bueno, para empezar, me tienes aquí -Caiti sonrió-. Además, tiene que haber muchas cosas que podamos hacer todos juntos. No me refiero a los preparativos de la boda, pero podríamos ir a Palm Cove a comer o visitar los mercados de Port Douglas. Divertirnos y soltar un poco de presión.

-Caiti... -Marión suspiró-. Menos mal que estás aquí. Empezaba a pensar que iba a tener que conformarme con ir con Derek al registro y rellenar los papeles.

Caiti sintió una punzada. No sólo porque eso habría resuelto muchos problemas, sino porque ése era el típico ejemplo de boda precipitada.

-Me parece que voy a tener que adoptar otra actitud ante Rob Leicester. No sé por qué -Marión se detuvo y frunció el ceño-, pero sin darme cuenta le he tomado manía y todavía no lo conozco.

-¿Es posible que estés un poco celosa? -preguntó Caiti vacilantemente.

Marión lo pensó y se encogió de hombros.

-Es posible...

Caiti la miró y se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo iba a plantearle su relación con Rob sin empeorar las cosas?

-¿Cómo? -le preguntó Marión.

-Nada -contestó Caiti apresuradamente-. ¿Por qué no vas a buscar a Derek y solucionáis las cosas? Mañana podemos pensar en algún plan.

Marión dudó, pero se levantó y le dio un beso en la coronilla.

-Es lo que haré. Gracias. Eres única.

-Mmm... no seas muy severa con él. A casi todos los hombres les gusta pensar que llevan las riendas.

-Casi todos los hombres tienen una vanidad muy frágil. No te preocupes, andaré con pies de plomo.

En cuanto desapareció Marión, Caiti se tragó el orgullo y buscó la tarjeta que le había dado Rob. Pensó que tenía que contarle lo que acababa de presenciar.

Sin embargo, se encontró con un mensaje grabado que le decía que no podría atender a nadie hasta la mañana siguiente. Estaba a punto de hacer añicos la tarjeta cuando él respondió por encima del contestador automático.

-¿Dígame?

-¡Rob! -exclamó ella.

-Caiti...

-Sí. Oye, ¿podemos hablar un momento? Las cosas se han complicado.

-¿Se lo has dicho a Marión?

-No. A eso me refiero con complicado.

-De acuerdo, ¿dónde quedamos?

-En algún sitio donde podamos dar un paseo.

-Te recogeré dentro de media hora.

Caiti se puso unos pantalones cortos y dejó una nota a Marión en la que le explicaba que había ido a visitar a una amiga. Luego, se sentó en el porche para esperar a Rob y sólo consiguió que se le filtraran los recuerdos de cómo se había enamorado y se había casado con él.

Durante los siguientes viajes a Camp Ondine después del alto el fuego, Rob se había portado excepcionalmente. Antes de irse a dormir, tomaron la costumbre de sentarse en la terraza que compartían para charlar y beber algo. A base de trabajar juntos, llegaron a una camaradería que disipó poco a poco todo el recelo y perplejidad que ella había tenido.

También se enteró de más cosas de él y descubrió que tenía cierta reticencia a sus orígenes. Supo que la familia Leicester tenía un imperio ganadero en la península de Cape York que se llamaba Leicester Downs, que Rob era el menor de dos hermanos y que había dado la espalda al mundo del ganado para diversificar la fortuna familiar con empresas turísticas. Él no dijo nada, pero a ella le pareció que podía haber habido una ruptura en la familia. Pensó preguntárselo, pero algo le hizo pensar

que él lo rechazaría. Con el tiempo, cuando ya era tarde, comprendió que era un hombre muy reservado con partes de su corazón protegidas por grandes muros.

En aquel momento, aquellas sensaciones desaparecían tan rápidamente como aparecían.

Nunca les faltó algo de que hablar. La estrafalaria visión de la vida que tenía ella conectaba bien con él. Descubrieron que a los dos les gustaba la música. Caiti le contó que le fascinaba toda manifestación artística y tenían un sentido del humor muy parecido.

Sin embargo, también se dio cuenta, demasiado tarde, como siempre, de que había sido mucho más dicharachera y exótica de lo que era en realidad.

A veces pensaba que todo había sido demasiado exótico. Como si todo lo que se dio entre ellos hubiera sido el fruto del ambiente exótico de Camp Ondine. Un fruto que maduraba más por la separación que por el tiempo que pasaban juntos.

Aun así, había sabido que Rob tenía dos lados. Podía ser un empresario frío y exigente que hacía llorar a su personal menos experimentado y también tenía el lado más joven y libre que la hacía reír y desear estar con él.

Otra cosa que estimulaba sus deseos de estar con Rob era que en ese momento ella no tenía familia. La dolorosa separación de sus padres se disipaba cuando estaba con Rob y no se sentía sola en el mundo.

Hasta que la lenta maduración de su idilio se aceleró de tal forma que fue casi imposible de manejar. Trabajar decorosamente junto a él ya no podía soportarlo como un juego picante y se transformó en una tortura cada vez mayor. Verse de vez en cuando le resultó insoportable.

Nunca olvidaría la noche que consumaron su historia de amor.

Era casi medianoche cuando consiguió que se acostaran los últimos turistas de su grupo. Ella caminaba de vuelta a su cabaña, pero se detuvo para cortar una orquídea y se la puso detrás de la oreja.

Rob no estaba cuando ellos habían llegado. Él había ido en Cooktown para arreglar el motor de una de las lanchas, y ella no sabía si había vuelto todavía. Sin embargo, se había vestido para él. Se había puesto una falda larga azul pálido, un top a juego sin tirantes y una blusa muy fina estampada con flores.

Se encontraba ansiosa porque no lo había visto desde hacía diez días y no sabía si lo vería esa noche. Hasta que vio una luz en la cabaña doble que compartían y aceleró el paso al ritmo de su pulso.

Rob estaba esperándola en el porche a la luz de una vela y con una botella de champán en una cubitera de plata. Se levantó al verla dudar al pie de los escalones y le alargó la mano. Ella subió y se la agarró.

-Me... alegro de verte -dijo ella sin saber qué decir.

-Encantado, señorita Galloway.

Le dio un prolongado beso en la mano y luego se la soltó para servirle el champán.

Sin embargo, cuando ella se apoyó en la barandilla y se llevó la copa a los labios, el temblor que le producían los nervios hizo que se derramara parte de la copa en la blusa.

Rob dejó su copa y la tomó entre sus brazos.

-¿Qué? -le preguntó delicadamente.

-Temía no verte en este viaje -confesó ella.

Él la soltó, pero sólo para quitarle la blusa y acariciarle los hombros y los brazos.

-¿Tenía alguna importancia?

-La tenía -susurró ella-. Todos estos días... cada momento que no te veo tiene importancia.

-Lo mismo digo -Rob apartó las manos de ella-. Hasta el punto que en este momento sólo tengo dos alternativas. Si tengo que dejar de tocarte, también tendría que irme. O...

No terminó la frase, pero la mirada era más que expresiva.

Ella le tomó las manos y le besó las palmas.

-Creo que me moriría si te fueras. Rob, por favor, no lo hagas.

Rob dudó.

-¿Estás segura?

Ella sólo pudo asentir con la cabeza, pero con todo el corazón en los ojos.

Él la tomó en brazos y la llevó dentro. También la tranquilizó al desvestirla lentamente y deleitarse con su cuerpo con unas caricias que la enloquecieron.

Mientras la besaba, le bajó el top para liberar sus pechos y luego la apartó.

-Mmm -susurró él-. Altos, firmes e impresionantes, tal y como me los imaginaba.

A ella se le había soltado el pelo, que le llegaba hasta la mitad de la espalda.

-¿Te los habías imaginado?

-Constantemente, desde el primer día que la vi, señorita Galloway.

-Ah...

Él le pasó las manos por las caderas.

-Como esto -le agarró el trasero-, pero creo que ya lo había mencionado.

-Lo hiciste, pero no lo agradecí mucho en aquella ocasión.

-Efectivamente.

Rob le bajó la cremallera y la falda cayó hasta los pies. Él siguió recorriéndole las caderas y la cinturilla de las bragas.

Caiti respiró entrecortadamente.

-¿Y ahora? -le preguntó Rob con suavidad.

Ella lo miró a los ojos color avellana.

-¿Ahora? -ella levantó las manos para desabotonarle la camisa-. Creo que las cosas están un poco desequilibradas. ¿Me permites?

-Soy todo tuyo.

Ella se dio cuenta de que había visto muchas veces a Rob sólo con unos pantalones cortos y que se había quedado maravillada por sus anchos hombros, su musculoso vientre y sus largas piernas, pero cuando le quitó la camisa y se encontró con su pecho y la viril mata de pelo, sintió la necesidad apremiante de estrechar sus pechos desnudos contra él.

Para Rob fue igual de erótico que para ella y gruñó el nombre de Caiti. Volvió a apartarla para poder mordisquear los duros pezones y ella le pasó los dedos por el pelo como si rezara una plegaria. Él no atendió la plegaria inmediatamente. Terminaron de desvestirse y se tumbaron en la cama. La besó y la acarició hasta que los dos alcanzaron un ardor casi insoportable. Caiti dudó fugazmente cuando llegó el momento definitivo, el momento de la rendición y la posesión, antes de verse arrastrada por un éxtasis que hasta entonces sólo se había imaginado.

-Ha sido impresionante -le dijo a Rob con un suspiro de placer cuando estaba entre sus brazos-. Eres impresionante. ¿Puedo decirte lo que se me ha pasado por la cabeza?

-Adelante.

-Música. Como si me hubiera empapado de música.

Él sonrió y la miró con los ojos entrecerrados.

-¿Puedes explicarlo?

-Ha sido intenso y ha hecho que me sintiera impresionantemente bien -se estrechó lujuriosamente contra él-. No se me ocurren más palabras...

-Señorita Galloway -se apoyó en un codo para mirarla-. Yo no tengo palabras para describirla.

-Podrías decirme que ya no soy un desastre -le propuso con seriedad.

-Podría decírtelo, pero no está tan lejos de la verdad -le apoyó una mano en la cintura y ella se quedó quieta-. Eres tan deliciosa que podrías arrastrar a cualquier hombre contra las rocas. ¿Por qué no me lo dijiste?

-¿Que era virgen? -le preguntó tras dudarlo.

-Sí.

Caiti lo pensó un instante.

-Supongo que porque hacías que me sintiera tan bien que no me pareció necesario. ¿En qué habrían cambiado las cosas?

-Yo podría...

No siguió, la abrazó y los tapó con la sábana. Nunca le dijo que lo había estado a punto de decir. Sólo con el tiempo se enteró, de la manera más dolorosa, que Rob nunca se habría acostado con ella si hubiera sabido que era virgen.

Dos cosas pasaron a los pocos días y antes de que pudieran hablar de su futuro. La empresa de Caiti dejó de operar en Australia y la despidió. El día anterior a que se lo comunicaran, Steve, el hermano mayor de Rob, sufrió un accidente que pareció mortal al encerrar a un toro.

Entonces, Rob le propuso algo a Caiti que ella no pudo rechazar.

Ella lo llamó para contarle sus noticias, pero se enteró de que él había tomado un avión a Cairns para estar en el hospital donde habían ingresado a su hermano. Se encontraron para cenar.

A pesar de estar muy preocupado, la abrazó con fuerza al verla tan radiante por volver a verlo.

-Caiti -le susurró-. Pareces tan feliz como si te hubieran dado la luna -frunció el ceño por encima de su cabeza.

-Me siento exactamente así. No te extrañe, hace cuatro días, seis horas y treinta y cinco minutos desde que la luna cayó en mi regazo, de modo que te echo de menos con toda mi alma.

Él la apartó y la miró fijamente a los ojos. En ese momento tomó una decisión que no le comunicó a Caiti hasta el día siguiente cuando, mientras tomaban café, le propuso que se casara con él. La cafetería, que estaba cerca del hospital, resplandeció ante sus ojos.

-¿Lo dices... en serio?

-Completamente en serio -contestó Rob-, pero tengo que avisarte de que hay cosas de mi pasado que quiero explicarte. En cuanto al futuro, te necesito -hizo una pausa y la miró detenidamente-. ¿Puedo pensar que tú también me necesitas?

En aquel momento ni se le pasó por la imaginación pensar que lo había tomado como un eufemismo de te quiero. Luego, Rob le explicó que tendría que abandonar el negocio turístico para volver a la explotación ganadera en el lugar de Steve.

Ella sentía un arrebato de emoción que sólo superaba a la intensidad que todavía la abrasaba despues de haber hecho el amor con él. Reflexionó y decidió que amaba profundamente a Rob pese a lo turbulento de su relación. Además, la evolución lógica de su unión física sólo podía llevar al altar.

Llegó a la conclusión de que era la muchacha más feliz del mundo

porque él pensaba lo mismo. No pensó en los muros que había notado en él, en la intuición de que era un hombre al que no conocería del todo.

Aceptó.

-Caiti, en cuanto a las cosas de mi pasado...

Ella lo tomó de las manos.

-Rob, lo pasado, pasado está. No tengo que oírlo. Sólo importa el futuro.

Sin embargo, a los pocos días descubrió por qué le había pedido que se casara con él. Se le desmoronó todo su mundo y lo abandonó.

Durante los meses siguientes se torturó dándole vueltas a todas las pequeñas señales de alarma que no vio en su momento.

¿Por qué nada le avisó de que Rob no se permitiría estrellarse contra las rocas del deseo por una mujer? ¿Por qué no había llegado a ver la altura exacta de los muros que rodeaban su corazón? ¿Por qué no había dejado de pensar que necesidad y amor eran dos cosas completamente distintas?

Entonces, puso tierra por medio y se fue a ver a su madre a Nueva Caledonia. Aunque el resultado no fue muy bueno porque no pudo abrirse a ella. También fue el momento en el que supo que tenía que empezar una vida nueva, cuando se dio cuenta de que estaba metida en una vorágine de amor, odio, ira, pena, dolor y falta de autoestima.

Surgió el trabajo en la embajada francesa y se mudó a Canberra: una ciudad interesante, bulliciosa y cosmopolita, una tabla de salvación.

Volvió a la realidad en el porche de Marión, quedaban dos semanas para la boda de su prima y sabía que era posible que fuera interesante, bulliciosa y cosmopolita, pero que también se había engañado al pensar que había dejado atrás a Rob Lei-cester.

Apenas había asimilado ese pensamiento cuando vio que su Range Rover entraba por el camino.

Capítulo 4

-LO SIENTO, he tardado un poco más que lo que pensaba.

Caiti se acercó a él lentamente y deseó poder estar a un millón de kilómetros en vez de estar en su presencia cuando tenía tan recientes los recuerdos de la vez que se acostaron juntos. Parpadeó porque él estaba vestido con una camisa a rayas, una corbata, pantalones grises y zapatos negros.

-¿Te he sacado de algo importante? -le preguntó Caiti.

Él se encogió de hombros.

-De una cena de trabajo. Estaba a punto de ir cuando llamaste. Me ha costado un poco librarme de ella.

-Lo siento.

-No importa -Caiti se monta en el coche y él le cerró la puerta-. ¿Dónde está Marión?

Rob puso el coche en marcha.

-Ha ido a ver a Derek. Han tenido una ligera... discusión.

-¿Por nosotros?

-No exactamente, Rob -lo miró bruscamente-. ¿Hay algún motivo por el que no podamos fingir que somos unos desconocidos hasta después de la boda?

La miró con ojos burlones.

-Yo diría que muchos.

-Aunque no te lo creas, ahorraría muchos disgustos.

-Podría añadir disgustos, Caiti. Nunca se sabe con quién puedes toparte durante las próximas dos semanas. ¿Cómo le sentaría a Marión si se enterara por otra persona?

-Tienes razón. Es que... bueno no vas creerte de lo que estaban discutiendo.

Habían llegado al aparcamiento del muelle y Rob arqueó una ceja.

-¿Sigues queriendo pasear antes de hablar?

-Sí, sí, por favor.

Sin embargo, todo estaba muy cambiado. Junto al muelle, con su hotel, centro comercial y paseo marítimo, antes había un parque. Seguía habiendo un parque, pero había cambiado tanto que Caiti se quedó parada.

-¿Qué es esto?

-El nuevo aspecto de Cairns. ¿No te parece mejor que el viejo barrizal de la bajamar?

Caiti miraba al arenal blanco, el lago de agua salada con fuentes, los bañistas y el césped que lo rodeaba.

-¡Desde luego...!

-Naturalmente, el barrizal de la bajamar sigue detrás del muro de contención -le explicó Rob-, pero se calcula que los mochileros se quedan cuatro o cinco días más en Cairns gracias a este lago.

-No puedo creérmelo, es fantástico, pero hay mucha gente, ¿no?

Rob la miró. Llevaba una camisa azul de manga larga, pantalones cortos y botas de caminar.

-Podemos pasear hacia el otro lado.

Ella empezó a andar a buen paso. Él la siguió con facilidad, pero cuando llegaron a un banco, ella dudó y acabó sentándose. Él se sentó a su lado y esperó a que ella recuperara el aliento.

-¿Y bien?

Caiti miró al infinito e intentó ordenar sus ideas. Le explicó lo que había pasado y también le explicó lo que a ella le parecía que se cocía bajo la superficie de la boda.

-A ver si he entendido bien -dijo él bastante perplejo-. Crees que Marión está apremiando a Derek para que se case con ella en contra de lo que él quiere. También se pelea con la madre de Derek, está celosa de mí, aunque no me conoce, porque cree que ejerzo alguna influencia perversa sobre él. En primer lugar, ¿deberían casarse? -preguntó con cierta ironía.

-Llevan cuatro años juntos.

-Lo sé. Tendemos a olvidarlo porque pasaron mucho tiempo fuera.

-La cuestión es que si se entera de nuestro asunto, le gustarás menos todavía y Derek anulará la boda si no puede tenerte de padrino -aseguró Caiti.

Rob estiró las piernas y se puso las manos detrás de la cabeza.

-¿Qué podemos hacer?

La miró con las cejas arqueadas.

-No pareces muy preocupado. Me parece que no entiendes que Marión es la persona más encantadora del mundo casi todo el tiempo, pero a veces, cuando se le mete algo entre ceja y ceja, puede ser... indescriptible.

-Caiti -Rob se pasó una mano por el pelo con cierta impaciencia-. Me parece que todo esto es un síntoma de algo más profundo que sólo pueden resolver ellos. Tú y yo somos otro asunto completamente distinto.

-Pero ella es mi prima y tengo que preocuparme por ella...

-Escúchame -le ordenó Rob-. Puedes preocuparte todo lo que quieras, pero lo único que podemos hacer es decirles la verdad y garantizarles que seremos civilizados si todavía quieren que asistamos a la boda... supongo que podríamos hacerlo, ¿no? -preguntó con una mueca

sardónica.

-Claro, pero...

-Espera, voy a terminar. No intentes explicarme que puedes hacer como si no hubiera pasado nada hasta después de la boda.

-Rob...

-Caiti, estamos casados. Estuvimos casados dos días hasta que desapareciste.

-Sabes por qué desaparecí -lo interrumpió bruscamente-. Si en su momento me hubieras dicho que no te habrías acostado conmigo si hubieras sabido que era virgen, un comportamiento admirable a no ser que seas la virgen en cuestión, todo podría haberse evitado.

-Me casé contigo -le recordó él.

-Si me hubieras dicho que te convenía casarte para poder ir a tu casa con una mujer, yo no me habría casado.

-*Mea culpa.* ¿Por qué estás tan segura de esas acusaciones?

-Te oí hablar con tu madrastra, ¿no te acuerdas?

-No habrías oído nada si no hubieses estado manejando la centralita y mezclando las llamadas en Camp Ondine.

Se soltó el nudo de la corbata y se desabrochó el botón del cuelo.

-Me alegro de que por lo menos no me culpes de fisgar. Creía que podía ayudar porque te faltaba personal.

-Da igual, es un asunto zanjado.

Caiti apretó los dientes.

-Pero el caso es que oí a alguien que te preguntaba por qué te habías casado repentinamente y que tú le contestabas que te habías equivocado, pero que no tenías por costumbre seducir vírgenes para luego abandonarlas.

-¿Nunca se te ocurrió pensar que podía haberlo dicho así para esquivar la curiosidad casi insaciable de mi madrastra?

-¿Fue así? A lo mejor no te acuerdas de que estuviste a punto de decir algo muy parecido el día que te acostaste conmigo.

-Resulta que me acuerdo de cada centímetro de ti y de cómo dormiste conmigo, Caiti.

Ella resopló con sensación de impotencia.

-¡No se trata de eso! También dijiste a tu madrastra que necesitabas una mujer para quitarte a tu cuñada de encima si ibas a volver a ocupar el lugar de Steve. ¿Cómo crees que encajé eso? Me hizo entender que necesitabas una mujer para poder volver a tu casa. Entonces lo entendí todo.

-Caiti...

-Entonces entendí la diferencia entre necesitar una mujer -continuó Caiti como si él no hubiera dicho nada-, que fue lo único que dijiste, y

enamorarte.

Él se quedó un momento en silencio.

-Cuando te propuse que nos casáramos, te dije que tenía un pasado. Mi cuñada me dejó por mi hermano y luego se arrepintió. Ella fue el primer motivo para que yo dejara la finca, pero tú insististe en que sólo importaba el futuro. Quizá tomé el camino más fácil o quizá me equivoqué contigo.

-¿Qué quieres decir? -susurró ella.

Él miró sombríamente hacia el parque.

-Jamás se me ocurrió pensar que fueras virgen. Como tampoco se me ocurrió pensar que mi pasado resultaría tan catastrófico para ti o que alguna vez llegarías a conocerlo -se detuvo y se metió las manos en los bolsillos con furia-. No es una excusa, pero en aquel momento estaba muy presionado.

Ella extendió las manos.

-Bueno... lo entiendo... todo te reventó, pero...

Ella recordaba claramente que había insistido en que el pasado de Rob no le importaba. Estaba feliz por la propuesta y el torbellino de la boda había sido tan grande que se había sentido flotando en el aire.

En ese momento se daba cuenta de que no sólo él la había interpretado mal, sino que ella se había interpretado mal a sí misma. Había evitado enamorarse perdidamente de un hombre hasta los veintiún años, pero ¿había sido tan inmadura e ingenua como si tuviera diecisiete años? ¿Era eso lo que él estaba insinuando? ¿Insinuaba que no esperaba que hubiera actuado tan... de una forma tan infantil?

Pero ¿realmente ella era la culpable de todo? Una cosa era que se pasara por alto un pasado a pesar de las marcas que pudiera dejar, pero el pasado de Rob estaba firmemente vinculado con su presente. La mujer causante de todo seguía siendo su cuñada, seguía viviendo en su casa y seguía casada con su hermano.

-¿Por qué no has iniciado el divorcio? -le preguntó a Rob con un hilo de voz.

-Caiti, tiene que haber alguna manera de...

-¿Solucionar nuestras diferencias? -preguntó con ironía evidente-. Hay una cosa segura, no podemos seguir así. Hay que hacer algo definitivo.

-¿Como volver juntos?

Ella negó con la cabeza.

-¿Quieres el divorcio? ¿Por qué?

-Rob...

-¿Para poder casarte otra vez?

Caiti se revolvió con impaciencia.

-No es de tu incumbencia.
-Sí lo es. ¿Quién es él?
Caiti se levantó bruscamente y fue hasta la orilla. Naturalmente, no había nadie más, pero eso no cambiaba nada. Si ya fue vulnerable con Rob en su momento, mucho más lo sería si él llegaba a saber que ni siquiera había podido pensar en otro hombre desde que se casó con él. ¿No le protegería que él pensara que había otro hombre?
No, había tenido buenos motivos para hacer lo que hizo y no volver con él sin necesidad de inventarse un hombre. Se dio la vuelta y se encontró a Rob justo detrás de ella.
-Me pregunto si él hace que te sientas como te sentías conmigo -la agarró delicadamente de los hombros.
Caiti intentó soltarse, pero él no la dejó. Le daba pánico lo indefensa que se sentía cerca de él. La camisa ocultaba sus músculos, pero ella los tenía tan presentes como siempre. Nada le ocultaba el rostro, ni la caída de su pelo, ni la fuerza de sus manos. Sabía que muy pronto no podría disimular la impresión que le producía su aroma masculino.
-No me hagas esto, Rob -ella volvió a intentar zafarse-. No arreglará nada.
-¿No? -la estrechó más contra él-. ¿Sabe lo de la música?
Ella separó los labios.
-¿Te acuerdas de que a la mañana siguiente nos quedamos dormidos y que te vestiste tan apresuradamente que te olvidaste las bragas?
Caiti notó unas palpitaciones en el cuello y que se sonrojaba.
-Te lo dije -le pasó un pulgar por los labios-, a mí me parecía bien, ¿qué más podía pedir yo que tenerte todo el día sin bragas?
Caiti tragó saliva.
-¿Te acuerdas de la biblioteca, Caiti?
Caiti cerró los ojos bajo el peso de unos recuerdos tan vividos como si hubieran sucedido el día anterior. Él bajó las manos hasta su trasero.
-Rob, no -intentó apartarse otra vez.
En ese momento, los dos se quedaron paralizados por el destello de una linterna.
-¿Algún problema? -preguntó una voz desconocida.
Se volvieron y se encontraron con dos policías.
Rob la soltó y dejó escapar un juramento en voz baja.
-No, no pasa nada, gracias.
-¿Señora? -le preguntó uno de ellos a Caiti.
-Mmm... no, es verdad... una pequeña disputa... estoy bien... de verdad.
-De acuerdo, les tomaremos el nombre para estar seguros. Si tiene algún problema, llámenos, señora.

-No puedo creérmelo -farfulló Rob cuando llegaron al coche.

-Aunque no te lo creas -Caiti empezaba a ver el lado gracioso de la situación-, durante las próximas dos semanas puede pasar cualquier cosa. Hemos entrado en un periodo muy delicado, el PLPB.

Rob la miró sin entender nada.

-¿El qué?

-El periodo de locura previo a la boda. ¿No habías oído hablar de él? Es muy conocido, pero no sabía que pudiera alcanzar un grado tal de locura...

Rob la miró un rato sin cambiar de expresión, hasta que su gesto se suavizó.

-Caiti... -dijo casi en un susurro-. Te he echado de menos.

Ella se estremeció porque lo más fácil y lo más delicioso del mundo sería dejarse caer en sus brazos; era lo que todo el cuerpo le pedía a gritos; era como revivir las sensaciones que nunca había podido olvidar.

Caiti cerró los ojos y notó que le quitaba la pinza que le sujetaba el pelo y la tiraba al asiento de atrás. Él le colocó unos mechones detrás de las orejas y bajó los dedos a lo largo del cuello hasta los botones de la camisa.

Se encontraron el uno en brazos del otro. Él le besaba el cuello, la boca; le acariciaba los pechos cubiertos por el sujetador. Ella disfrutaba con el contacto de sus dedos y el sabor de su boca, hasta que volvieron a verse bañados por la luz.

Se apartaron bruscamente, pero eran las luces de un coche que se alejaba marcha atrás. En cualquier caso, Caiti se irguió y empezó a abotonarse la camisa con dedos temblorosos.

-Estoy gafado.

-Si ha sido la policía, se habrán tranquilizado al comprobar tus intenciones...

Rob puso en marcha el motor.

-Si ha sido la policía, podrían habernos acusado de comportamiento escandaloso en un lugar público.

Ella tomó aire.

-¿Por qué no de comportamiento irracional debido a las circunstancias?

Rob puso el coche en movimiento.

-Caiti...

-¿Adonde vamos? -lo interrumpió ella.

-No lo sé. ¿Adonde quieres ir?

-A casa.

-Caiti, no ha sido escandaloso, era un juego de palabras. En cuanto a irracional...

-Rob, por favor. Ya he tenido bastante por el momento. Estoy harta, estoy cansada y quiero pensar con tranquilidad.

Siguieron unos minutos en silencio.

-¿Quién es él?

-¿Quién? -preguntó ella tontamente.

-El hombre por quien quieres divorciarte.

Ella no contestó y buscó la pinza de pelo por el asiento de atrás.

-Me parece que no hace mucho por tenerte satisfecha físicamente. ¿Estás buscando una coincidencia mental esta vez?

Paró el coche delante de la casa de Marión y se volvió hacia ella con una mirada interrogativa. Ella siguió sin contestar.

-Una chica como tú debería pensárselo bien -insistió Rob con tono irónico-. Quizá fueras virgen, pero le tomaste el gusto rápidamente.

Caiti resopló, soltó una parrafada en francés y salió del coche como un tapón de una botella de champán. Luego lo miró y se lo dijo en inglés.

-Preferiría casarme con una serpiente antes que contigo.

-No está mal para ser civilizados. Dile lo nuestro a Marión porque yo pienso decírselo a Derek mañana.

Puso el coche en marcha y se alejó.

Caiti se quedó mirando las luces que desaparecían. Fue hacia la casa. No había ningún coche y, evidentemente, Manon no había vuelto todavía.

Se sentó en la butaca del porche. Era una noche nubosa y húmeda. Cerró los ojos y recordó otra noche de olor salado.

El día que dejó a Rob había sido tormentoso, como su estado de ánimo.

Después de una boda precipitada y muy sencilla, ella había pasado cuarenta y ocho horas en una nube y con un anillo de diamantes en el dedo. Después de esos dos días, habían tenido que dejar Camp Ondine para ir Leicester Downs. Debido a lo precipitado de su marcha y al tiempo que Rob había pasado junto al lecho de su hermano, el centro turístico estaba un poco desordenado. Ella se ofreció a ocuparse de la recepción. Entonces fue cuando se confundió de línea telefónica y se quedó helada al oír a una mujer que preguntaba a Rob con quién se había casado de repente y por qué.

Su contestación fue la que le recordó antes, aunque sentada en el porche de Manon se dio cuenta de que se había olvidado de un detalle. Su madrastra, ella no sabía que lo era en aquel momento, también le había dicho que su padre estaba completamente furioso.

Fue como un puñetazo en la boca del estómago. Dejó la recepción, fue un momento a su cabaña y bajó a la playa bloqueada por la

impresión.

Allí la encontró él al cabo de una hora. Ella iba descalza y llevaba una gorra, gafas oscuras y una camisa blanca de lino suelta sobre unos pantalones vaqueros cortados.

Rob la rodeó para mirarla de frente y la encontró con los ojos clavados en el anillo de boda que tenía en la palma de la mano.

-¿Caiti...? -le preguntó con el ceño fruncido.

Ella dio un respingo y el anillo cayó a la arena.

Él se agachó para recogerlo.

-¿Qué? -se aclaró la garganta-. Rob, ¿con quién hablabas antes por teléfono?

El la miró con los ojos entrecerrados.

-Con mi madrastra, ¿por qué?

-Lo he oído todo. Me confundí de línea y no pude dejar de escuchar. ¿Por eso te has casado conmigo? ¿Porque era virgen y no podías abandonarme?

-Caiti, me parece que te olvidas de que tú no tienes a nadie. Tus padres...

-Eso no tiene nada que ver, Rob. ¡Tengo que saberlo todo inmediatamente! Tengo que saber si soy una especie de armadura contra tu cuñada, sea ella quien sea. Háblame de ella.

Un par de lágrimas le cayeron por debajo de las gafas, pero él no les hizo caso.

-Tú dijiste que nada de esto tenía importancia -le recordó mientras se guardaba el anillo en el bolsillo de la camisa.

-Lo dije porque no sabía -se detuvo con un estremecimiento- que casarte conmigo en un momento tan crucial era más una cuestión práctica que otra cosa. ¿Quién es ella, Rob?

Rob apretó las mandíbulas, pero no perdió la calma.

-Fuimos amantes. Hasta que conoció a mi hermano Steve y, aparentemente, se enamoró perdidamente de él. Lo que yo no sabía cuando se casaron era que ella quería tenerlo todo.

Caiti lo miró con incredulidad.

-¿Todavía te desea? Qué violento para ti...

Él se quedó mirando a la distancia por encima del hombro.

-La verdad es que me preocupa más Steve -el tono era gélido y Caiti se estremeció otra vez-. Él está luchando por su vida.

Ella notó que el mundo se le partía en dos. Cerró los ojos y tomó aliento.

-Entonces, sólo ha sido un matrimonio de conveniencia para ti...

-Caiti, ¿te parece de conveniencia cuando estás entre mis brazos en la cama?

-¿Me habrías pedido que me casara contigo si no hubiera pasado todo esto? ¿Te habrías acostado conmigo si hubieras sabido que era virgen?

Rob volvió a apretar las mandíbulas.

-Seguramente, no, pero...

-Entonces, ¿de qué se trata? De repente te viste con la carga de una ex virgen y un follón en casa... ¿Sabes una cosa? -lo miró con los ojos desorbitados-. Creo que no quieres enamorarte ni de mí ni de nadie.

-¿Por qué dices eso?

-El amor no te funcionó una vez, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Por eso te has construido ese muro alrededor del corazón, como ya noté una vez aunque decidí no hacerle caso.

Él le quitó las gafas de sol con un movimiento muy rápido. Ella tenía los ojos húmedos, pero cargados de reproches.

Él suspiró, le puso las gafas encima de la cabeza y se metió las manos en los bolsillos.

-Si existe algún muro, Caiti, tengo la intención de hacer todo lo posible por nuestro matrimonio. Tienes que reconocer que estamos muy bien juntos en muchos aspectos.

-No, Rob -lo interrumpió con un tono amargo-. Estamos muy bien en la cama, pero eso se ha terminado. Me he dado cuenta de que no sé nada de ti. El tiempo que hemos pasado juntos ha sido como vivir en una cápsula de tiempo.

-¿Qué piensas hacer al respecto? -le preguntó con una mirada de pedernal.

-Yo... -se pasó la lengua por los labios- creo que no puedo seguir.

-De acuerdo -se metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó el anillo de boda y se lo dejó en la mano-. Cuando decidas cómo no podemos seguir, ya que estamos legalmente casados, dímelo, ¿lo harás?

Rob se dio la vuelta para irse de la playa.

Caiti se quedó mirando el anillo. Estaba segura de que sería una locura dejar que Rob siguiera haciéndole daño.

Volvió a la realidad y se preguntó si había hecho lo acertado. Quizá hubiera debido ser más indulgente con el temperamento de los dos. Quizá hubiera debido pensarlo un poco antes de haberse montado a escondidas en la barcaza que les llevaba los víveres. Quizá hubiera debido dejar que Rob le propusiera algo antes de desaparecer de su vida.

Entonces, se encontraba tan humillada e insultada que no fue capaz de hacer otra cosa, pero en ese momento tenía que replanteárselo porque aquellas cinco palabras, «te he echado de menos», habían conseguido que cayera en sus brazos como si nunca los hubiera abandonado.

Capítulo 5

MARIÓN no había vuelto cuando Caiti se acostó casi agotada. Durmió mal y cuando se levantó a la mañana siguiente, tuvo que maquillarse los ojos para disimular las ojeras.

Marión, en cambio, estaba en la cocina tomando tortitas con una felicidad envidiable. Caiti se sentó a la mesa y se sirvió un vaso de zumo de naranja.

-¿Todo resuelto con Derek? -le preguntó a su prima.

-¡Sí! Aunque tuve que hacer un par de concesiones.

Fue a por la cafetera recién hecha.

-¿Por ejemplo?

Marión se sentó con mirada apesadumbrada.

-Acepté ser más conciliadora con su madre.

Caiti se puso mantequilla en una tortita.

-¿Tanto te cuesta?

-Supongo que no. He librado todas las batallas relacionadas con la boda y cuando me paro a pensarlo, hay una cosa que la señora Handy y yo tenemos en común. Está deseando que nos casemos. Creo que ya lo deseaba a los seis meses de conocernos.

-Entonces, le gustas.

-Tanto como le gustan todas las cosas. Cuando la conozcas, lo entenderás. Es... creo que es la persona más crítica y recelosa que he conocido en mi vida. Pero es su madre y tendré que conformarme.

Caiti untó miel en otra tortita.

-¿Cuál es la otra concesión?

Marión miró al cielo.

-He prometido que estaré bien dispuesta hacia Rob Leicester. Nada de comentarios irónicos...

Caiti se quedó mirando la tortita. Sabía que si intentaba comérsela se ahogaría.

-Marión -se oyó decir como si fuera otra persona-. Tengo que decirte una cosa.

-¡Suéltalo!

Marión sirvió dos tazas de café y la pasó una a Caiti.

-Gracias -Caiti pensó cómo podía decírselo de una forma suave-. Rob Leicester y yo estamos casados.

Marión no lo asimiló de entrada.

-¡Caiti! ¿Lo dices en serio?

Caiti cerró los ojos e hizo un gesto de impotencia.

-¿Por qué no me lo dijiste ayer?

-Me quedé tan impresionada que no podía pensar. Es más, me topé con él en el aeropuerto.

-Pero... ¿qué pasó?

Caiti se miró las manos y luego miró a su prima.

-Descubrí que para él era un matrimonio por motivos prácticos -se agitó nerviosamente-. Tendría que haberme dado cuenta, pero no lo hice y me quedé espantada. Lo abandoné.

Marión seguía sin salir de su asombro.

-¿Hace cuánto tiempo fue todo eso?

-Dieciocho meses.

-Entonces, ¡yo tenía razón sobre ese hombre!

-No, Marión -negó Caiti con firmeza-. Tú no podías saberlo y... no hay ningún motivo para que no sigamos según lo planeado. Estoy segura de que Rob y yo podemos ser... civilizados, pero no podía seguir ocultándotelo. Te habrías enterado antes o después.

-Hay muchos motivos para no seguir según lo planeado. Derek tendrá que encontrar a otro. Pobrecilla... Cuéntamelo.

Caiti no podía evitar contárselo, aunque fuera una versión resumida. Cuando terminó, Marión se quedó mirándola en silencio.

Entonces, dio de lleno en el meollo del asunto.

-¿Sigues enamorada de él?

Caiti hizo una mueca.

-No lo sé. Creía que me había olvidado de todo. Seguramente he recordado algo por la impresión de encontrármelo de repente.

Marión entrecerró los ojos.

-¿Qué me dices de él?

-¿En que sentido?

-¿Qué quiere hacer con vuestro matrimonio?

-Quiere que lo intentemos otra vez.

Marión apoyó el codo en la mesa y la barbilla en el puño.

-¿A ti qué te parece?

Caiti suspiró.

-No lo sé -miró un momento a Marión-. Pero no tienes que preocuparte por la boda. Rob está bien y...

-Olvídate de la boda. En este momento me preocupas tú -la interrumpió Marión-. Tendrías que haberme escrito. Habría venido, estás sola...

Caiti sonrió levemente.

-Por eso no te escribí. Podría haber pasado aunque no estuviera sola. Él... bueno es difícil de explicar. En otros sentidos, él es... quiero decir, no deberías dejarte influir por esto. Además, no... no te olvides de lo mucho que lo admira Derek, con motivos, estoy segura.

Marión no dijo nada durante un momento y se encogió de hombros.

-Creo que tengo que distanciarme un poco de todo esto. En cualquier caso...

Se oyó la puerta de un coche que se cerraba y unos pasos que subían las escaleras.

Era Derek y Marión se transformó en cuanto él entró en la cocina.

-¡Cariño! ¡Qué sorpresa tan maravillosa!

Derek le dio un beso fugaz, sé sentó en una silla y miró a Caiti con una expresión extraña. Caiti comprendió que lo sabía.

-Buenos días -aceptó una taza de café de su novia-. Mmm... tenemos un ligero problema. Rob acaba de llamarme.

Marión ató cabos.

-¡Ha confesado! -exclamó teatralmente.

-Yo no lo diría así. Me ha explicado que despues de casarse y de que Caiti lo abandonara -miró a Caiti con inquietud-, intentó encontrarla por todos los medios. Cuando yo le pedí que fuera mi padrino y le dije quién era la dama de honor, él no dijo nada de su matrimonio para que no... volvieras a asustarte, Caiti.

Marión entrecerró los ojos y miró pensativamente a su prima.

-Eso tiene cierto sentido...

Caiti entrelazó las manos y se quedó en blanco al sentirse como si estuvieran analizándola con un microscopio.

-¿Qué propone? -preguntó Marión.

Derek se aclaró la garganta.

-Se ha ofrecido a no participar en la boda si es lo que quiere Caiti.

Se hizo un silencio cargado de tensión. Derek observaba a Marión como si su reacción fuera crucial para él. Marión se vio atrapada por el temor de que su prima fuera a aceptar la oferta de Rob y se formara un torbellino todavía mayor.

-No hace falta -aclaró precipitadamente-. Estoy segura de que Rob y yo podemos... hacer frente a la situación -cruzó los dedos por debajo de la mesa-. Yo... bueno, sinceramente, siento bastante haber salido corriendo como lo hice y, aunque no sé cómo nos saldrán las cosas, creo que tenemos que... pasar algún tiempo juntos.

-Pero las cosas no pueden ser cómodas entre vosotros -objetó Marión.

-Creo que lo peor ya ha pasado -mintió Caiti-. No te lo había contado todavía, Marión, pero cuando te fuiste anoche, llamé a Rob y tuvimos una conversación muy larga. No solucionamos nada, pero no hay motivos para no comportarnos como personas adultas.

Marión no parecía muy convencida, pero también miraba a Caiti con curiosidad.

-También propuso otra cosa si Caiti quería seguir adelante -dijo Derek.

-¿Qué? -preguntó Marión que no apartaba la vista de Caiti.

-Al parecer, en estos momentos hay muy poca ocupación en Camp Ondine. Él propone que pasemos allí un par de días en vez de dar la fiesta que teníamos pensada para mañana

por la noche.

Eso llamó poderosamente la atención de Marión.

-¿Todos? -preguntó rotundamente.

-Sí. Mamá, Eloise y su novio, tú y yo... y Caiti, naturalmente. Sería un fin de semana gratis.

-¿Por qué? -insistió Marión.

Derek se encogió de hombros.

-Cree que podría unirnos y creo que tiene razón. Como sabes, mi madre es una fanática de la conservación del bosque tropical y creo que disfrutaría muchísimo. Estoy seguro de que Eloise y Ritchie también disfrutarían. Tú me has dicho más de una vez que te gustaría conocer Camp Ondine...

Marión abrió la boca y volvió a cerrarla.

Caiti pensó que no era una propuesta perfecta ni mucho menos, pero sí era diabólicamente astuta. Era la manera perfecta de volver a llevarla a Camp Ondine y a todos sus recuerdos.

—¿Caiti? -dijo Marión por fin-. Es algo que tú has insinuado más o menos, pero entenderíamos perfectamente que no quisieras ir.

Caiti estaba atrapada. Bastaba con ver cómo había resplandecido Marión al ver aparecer a Derek. Era un precio ridículo con tal de que la boda discurriera como la seda.

-Creo que sería fantástico -le dijo a Derek-. Estoy deseando conocer a tu madre y tu hermana.

-Gracias, Caiti. ¡Eres una verdadera amiga!

Derek se marchó y Marión también le agradeció calurosamente que facilitara tanto las cosas, pero también le preguntó si estaba segura de poder hacerlo.

-Camp Ondine tiene algo único -le respondió Caiti lenta y sinceramente-. Creo que todos nos relajaremos. Por cierto -añadió con una sonrisa-, no he visto el traje de la novia ni el de las damas de honor.

Pasaron el resto del día repasando los preparativos de la boda.

Grace Handy era baja y fibrosa, con un pelo gris y tupido y unos ojos azules muy penetrantes. Caiti y ella se conocieron en el porche de la casa de Marión mientras esperaban para ir todos a Camp Ondine. Grace miró a Caiti de arriba abajo mientras se estrechaban las manos.

-Desde luego, pareces francesa -le dijo con un tono que no parecía de halago.

-Sólo es medio francesa -le aclaró Marión-, pero sé lo que quieres decir. Ojalá yo fuera la mitad de elegante.

Caiti se miró los pantalones de faena amarillos, el top blanco y las botas.

-¿Qué tiene esto de elegante?

-Eres tú... -le explicó Marión-. Estarías elegante hasta con un saco. Ven a conocer a Eloise y a Ritchie.

Eloise era una rubia con ojos de cervatillo y veintipocos años y Ritchie un gigantón con una sonrisa arrebatadora.

-Encantado de conocerte, Caiti -la saludó él mientras le estrechaba la mano con fuerza.

Eloise arqueó una ceja lánguida.

-La verdad es que teníamos muchísimas ganas de conocerte. Cualquier chica que rechace a Rob Leicester tiene que ser todo un ejemplar -añadió para estropear la amabilidad inicial.

-Eloise... -intervino Derek-. No íbamos a hablar de eso, ¿recuerdas?

-Perdón, se me ha escapado.

Todos se volvieron cuando entró una camioneta todoterreno con el logotipo de Camp Ondine.

Sin embargo, Caiti conservó algunas sensaciones algo desagradables. La madre y la hermana de Derek no iban a aceptarla de buenas a primeras, aunque no sabía muy bien si era por parecer francesa, por la aceptación sin condiciones de Ritchie o por su pasado con Rob. Quizá fueran las tres cosas. Sin embargo, también era posible que hubiera dos equipos, los Handy y los Galloway. Quizá Derek hubiera heredado de su madre esa forma de ser, esa especie de complejo de inferioridad. Quizá fuera ella misma.

Ritchie salvó el día que duró el largo viaje. Llevó la guitarra y los tuvo cantando durante kilómetros y kilómetros. En realidad, llegaron a Camp Ondine mucho más unidos que lo que

habían salido, aunque Grace seguía etiquetando a Caiti con ese dudoso título.

Rob estaba para recibirlos. Era la primera vez que Caiti lo veía desde aquella noche. Por un instante, sintió cierta tensión mientras se saludaban, también sintió que todo el mundo contenía la respiración, pero hizo acopio de todo el aplomo que tenía. Rob, evidentemente, estaba muy tranquilo y el momento pasó sin complicaciones.

Clint Walker, la mano derecha de Rob, seguía por allí y recibió muy cariñosamente a Caiti. Lo que también la tranquilizó bastante.

Rob propuso enseñar Camp Ondine al grupo y luego cada uno podría hacer lo que quisiera hasta que volvieran a encontrarse en la piscina para la barbacoa. Todo el mundo aceptó y Caiti los acompañó aunque lo conocía como la palma de su mano.

Sin embargo, sintió cierto desasosiego cuando comprobó que le habían asignado la misma cabana.

-Espero que no estés en la puerta de al lado -le dijo con un tono gélido a Rob.

-Lo estoy. Hay una pared en medio y puedes cerrar la puerta con pestillo.

-Lo haré -se sintió ridicula y se pasó una mano por la cabeza.

Él parecía divertido.

-¿Vas a cerrar la puerta? A buenas horas, mangas verdes...

Ella apretó los dientes.

-Me parece que necesitas un descanso, Caiti.

Rob bajó las escaleras del porche mientras silbaba suavemente.

Ella se encerró y se apoyó en la puerta. Sabía perfectamente que nunca debería haber ido. Había demasiados recuerdos rondando por allí. Ni siquiera sabía si él había cambiado.

Esa vez no tenía que levantarse a una hora concreta, pero cuando Marión llamó a su puerta, ella ya se había duchado y estaba pensando cómo vestirse.

La verdad era que Marión la sorprendió. Llevaba un vestido largo y negro con un hombro descubierto, el pelo peinado hacia el lado contrario y en la oreja que mostraba colgaba un pendiente con flores amarillas y rojas.

-¡Caray! -la saludó Caiti-. Estás impresionante.

-En realidad es parte de mi ropa para la luna de miel, pero me parecía una pena no aprovecharlo en un sitio como éste. ¿Qué vas a ponerte?

-No lo sé. ¿Qué te parece? Todavía no he deshecho bien el equipaje.

Marión revolvió por la bolsa de Caiti.

-Esto -afirmó rotundamente mientras sacaba unos excéntricos pantalones blancos y un top gris con perlas.

-Marión... Tu suegra ya piensa que soy cualquier cosa rara. Si encima voy enseñando el ombligo...

-Todavía no es mi suegra y no es pecado usarlos con tu tipo. No puedes imaginarte lo que me gustaría llevar esta ropa. ¿Por qué los has traído si no pensabas ponértelos?

-No los metí para traerlos. Lo que pasa es que no los había sacado en tu casa y para venir sólo eché algunas cosas encima de las que ya había.

-Bueno, pues ya que los has traído, tienes que usarlos. Él no está mal, ¿verdad?

Caiti supo a quién se refería.

-Supongo... -Caiti se sentó para cepillarse el pelo.

-A pesar de lo que me habían dicho que hiciera, yo venía dispuesta a odiarlo, pero no ha sido así.

-Ya había intentado decirte que está bien...

-Mmm... Para ser sincera, he llegado a pensar que encajáis perfectamente.

Caiti se dio la vuelta y miró a su prima con el ceño fruncido.

-No puedes decir eso. ¡Acabas de conocerlo!

-Al contrario. He estado charlando con él un rato.

A Caiti se le salían los ojos de las órbitas.

-¿De qué? ¿De nosotros?

-Caiti -Marión se sentó en el borde de la cama-. En este momento, Rob está desempeñando un papel tan importante en nuestras vidas que pensé que lo justo sería decirle cuál era mi posición. No sólo con respecto a ti, sino también a Derek.

Caiti la miró con gesto de impotencia mientras daba vueltas al cepillo entre las manos.

Marión se levantó y se acercó a ella.

-No entramos en detalles, pero le dije lo mucho que significas para mí y cuánto me disgusta verte dolida. Él me dijo que me entendía y que te desea todo lo mejor. Yo... lo creí, aunque me cueste aceptarlo.

-¿Tú...? -Caiti se detuvo y se aclaró la garganta-. ¿Tú te casarías con un hombre que te desea todo lo mejor?

Marión vaciló.

-Sé lo que quieres decir, pero podría ser mucho peor. Él no es lo que yo me imaginaba y quizá debieras escucharlo con atención. De acuerdo, se acabó el sermón, pero a lo mejor te tranquiliza saber que ya no lo detesto.

Caiti tuvo que sonreír, aunque no le apeteciera.

Marión le dio un beso en la coronilla.

-Te dejaré para que te vistas, pero no tardes. Estoy dispuesta a que las chicas Galloway los dejen mudos.

Caiti decidió ponerse un top que no enseñara el ombligo.

Capítulo 6

UNA de las chicas Galloway sorprendió a su novio tanto como a su prima. Como deferencia hacia Grace Handy, Eloise y su novio y Marión y Derek tenían cabañas individuales, y Derek no le dijo a Marión lo elegante que estaba hasta que se encontraron en la zona de la barbacoa.

Se quedó atónito un instante, como su madre.

-No te había visto ese vestido, Marión -comentó él como si ella estuviera conspirando.

Caiti pensó que era muy típico de un hombre y de un marido.

Sin embargo, Marión parecía no darse cuenta de las indirectas y se dio la vuelta para enseñar el vuelo de la falda.

-¿No te gusta?

-Es... -Derek buscaba las palabras.

-Creo que es impresionante -intervino Ritchie mientras miraba a Eloise para que lo corroborara.

-Yo también lo creo -dijo Rob mientras abría una botella de champán-. Creo que estás maravillosa.

Miró a Eloise, a Grace y a Caiti, en quien se detuvo brevemente con una expresión en los ojos que ella no pudo reconocer, hasta que se volvió para servir las copas.

-Es más -afirmó mientras iba repartiendo las copas-, creo que se merece un brindis. ¿No crees, Derek?

-Yo... sí, claro. Por todas las mujeres encantadoras -Derek levantó la copa.

Se hizo un silencio expectante.

-Pero sobre todo por mi novia -añadió por fin.

Todos dejaron las copas para aplaudir y Caiti se sintió más tranquila.

No hubo más tensiones, reales o imaginadas, durante toda la velada. Caiti decidió que fue gracias a Rob, Ritchie y Marión. Habían facilitado todo mucho, aunque la madre de Derek seguía mirándola con cierto recelo.

Entonces, Grace bostezó y se disculpó. Eloise y Ritchie, con Marión y Derek, la siguieron poco después y Caiti y Rob se quedaron solos. Caiti estaba como flotando en un ensueño particular y no se dio cuenta hasta que Rob habló.

-¿Ha salido todo bien?

La barbacoa se había apagado, pero las brasas seguían resplandeciendo contra el cielo aterciopelado. Ella bajó de su nube y se dio cuenta de que estaban solos.

-Sí, claro. Supongo que tendrás todo tipo de actividades programadas para mañana.

-Había pensado que podíamos ir a las islas Hope si hace buen tiempo.

-Fantástico -Caiti intentó parecer entusiasmada, pero frunció el ceño-. ¿No tienes clientes este fin de semana?

-No. Ni uno.

-¿Por qué?

Rob sonrió.

-¿Te ha salido la guía turística que llevas dentro?

-Yo... es que... siempre teníamos que hacer la reserva con tanta antelación...

-Sigue siendo así, pero ha habido una cancelación.

Caiti se dejó caer contra el respaldo y lo miró mientras él se sentaba en una tumbona.

-Por un momento había pensado que podía irte mal el negocio.

-Gracias por preocuparte -susurró él.

-Gracias a ti por pensar en esto -hizo un gesto un poco tenso-. Marión es otra persona.

-Ha sido un placer.

-Bueno -Caiti se levantó-. Me voy a la cama.

-Naturalmente...

Había un ligero tono insolente en la forma de decirlo y Caiti se paró.

-Mira -le advirtió suavemente-, no estropees lo que ha sido un gesto muy amable...

-Ya... un gesto muy amable.

-¿Qué... quieres decir?

Rob se encogió de hombros.
-Fue lo único que se me ocurrió para que volvieras aquí.
Caiti se quedó boquiabierta.
Rob se levantó y se acercó a ella, pero no la tocó.
-Seguramente crees que conoces la parte más despreciable de mí. En ese caso, tienes razón. ¿Por qué crees que te he dado la misma cabaña?
-¿Porqué...?
-Quería despertarte todos los recuerdos que pudiera. Por eso vamos a Hope mañana.
-Es diabólico. ¿No crees que ya me ha costado bastante venir aquí...? -se calló bruscamente.
-¿Te ha costado? ¿Por qué? ¿Te ha costado olvidarme, Caiti?
Rob le pasó delicadamente los dedos por la garganta y ella se estremeció, pero no pudo apartarse.
-Si hay alguna posibilidad de que corrija algo -continuó él con un hilo de voz-, tengo que saberlo.
-¿Para poder seguir con nuestro matrimonio de conveniencia, Rob?
Rob dudó y dejó caer la mano.
-¿No podríamos dejar eso un poco?
-¿Y pasar a las otras mujeres de tu vida? Sí, podríamos dejar eso, pero no ahora.
Él arqueó una ceja.
-¿Estás cansada? Antes tenías mucha más energía...
-No tengo mi mejor día e insultarme no va a mejorarlo. Para que lo sepas -añadió con una suavidad envenenada-, no estoy cansada. ¿Qué propones que podamos hacer aparte de lo evidente? -lo miró sarcásticamente.
-Podríamos tomamos una taza de café mientras te enseño los planos de Camp Caiti.
-¿Camp Caiti? -ella parpadeó.
-Sí, Caiti, un diminutivo de Caitlin.
-¿Le has... puesto mi nombre?
Él asintió con la cabeza.
-¿Por qué?
-Es un sitio precioso que me recordaba a ti -le explicó con la expresión cambiada-. Échale una ojeada.
En la pared de la oficina había una ampliación de la fotografía aérea de un río con orillas rocosas. También había fotos más pequeñas de la costa de Kimberly con el nombre de Camp Caiti en una esquina.
Caiti agarró una taza de café mientras miraba las fotos.
No había mucho que ver, las instalaciones estaban a medio construir, pero en una foto se veía una laguna con nenúfares y plantas exóticas de una belleza extraordinaria. También se veían cascadas y pozas que formaba el río.
-Aquí -Rob señaló una zona debajo de las cascadas-, esperan los salmones a que lleguen los monzones para poder subir río arriba.
-Entonces, se puede pescar desde las orillas...
-Sí, desde las rocas. Es mejor no bajar al río por los cocodrilos. ¿Has pescado salmones alguna vez?
Ella negó con la cabeza.
-Supongo que será muy emocionante.
-Lo es. Vuelan como locos.
-Me encantaría intentarlo -frunció el ceño-. Pero ¿cómo vas a llevar a los clientes? Esto está muy apartado.
-En avión desde Kununurra.
-Entonces, tampoco será barato...
-Efectivamente. Hay que llevar todo en avión, pero hay mucha gente que quiere vivir la auténtica aventura de pescar salmones salvajes.
-Está claro que tienes un don especial, Rob, pero ¿por qué lo has llamado como yo?
Rob le ofreció una silla y se sentó enfrente de ella con la desordenada mesa en medio.
-Es bastante extraordinario para ser llamativo.
-Lo ves...

-Pero tú también eres una persona extraordinaria, Caiti Galloway.

Ella lo miró y se preguntó qué diría él si le dijera que no se había sentido muy extraordinaria durante los últimos dieciocho meses.

Sin embargo, él cambió de tema completamente.

-¿Crees que vamos a conseguir que Derek y Marión suban al altar?

-¿Por qué no? ¿Sabes algo que yo no sepa?

-Llevan mucho tiempo juntos... -contestó Rob pensativamente.

-Claro, eso es un punto a favor.

-Bueno, a veces me pregunto si no estarán haciendo las cosas al revés con todo este lío de casarse. Además, no puedo dejar de preguntarme si éste es el verdadero problema de fondo.

Caiti se quedó boquiabierta un instante.

-Pero una boda es, bueno, suele ser un lío. Quizá sea un día más importante para una mujer, pero incluso para un hombre es una ceremonia que formaliza el amor, ¿no?

-O la entrada en una cárcel.

Caiti lo miró asombrada.

-¿No... no crees en el matrimonio o no crees en las uniones por amor? -le preguntó intencionadamente.

Como un dardo, rebotó en Rob sin afectarle lo más mínimo.

-Sencillamente es que he visto a bastantes parejas que han vivido juntos mucho tiempo y no han sido capaces de dar el último paso.

-Ellos no vivían juntos -fue lo único que se le ocurrió a Caiti y no era muy convincente.

Él esbozó una sonrisa forzada.

-Da igual.

-Espero que te equivoques, pero -Caiti se detuvo un instante- ¿podrías explicármelo mejor?

-Es posible. Derek lo ha tenido todo en bandeja durante mucho tiempo. Quizá quiera que todo siga así.

-Eso parece un poco cínico, Rob.

Él sólo hizo un gesto con las manos.

-A lo mejor su forma de hacer las cosas es preferible a casarse precipitadamente y luego cansarse sin prisas -continuó Caiti.

Esa vez el dardo dio en el blanco y Rob endureció el gesto.

-¿Eso es lo que crees que hiciste?

-Sí, pero también creo que me indujeron a ello.

Las miradas chocaron con fuerza.

-Sabes, Caiti, puedes sentirte como una justiciera amargada hacia mí o adoptar otro planteamiento.

Ella lo miró atónita.

-Justiciera amargada... Eso es...

-Eso es lo que pareces, pero si te olvidaras de eso, podrías ver algo muy distinto.

Caiti pensó que no estaba dispuesta a volver a recoger los añicos de su corazón.

-Depende de ti -Rob se levantó.

Estaban muy cerca, tan cerca que ella podía aspirar el olor a hombre de Rob, ver todas las arrugas de su rostro y el aura de un hombre que había hecho y visto muchas cosas, pero que nunca le imploraría que lo escuchara...

Ella se dio cuenta de que era aterrador. No quería tenerlo de rodillas, pero sí temía que siempre hubiera algo en él que ella no conocería.

Caiti apartó la mirada y se colocó el pelo sobre los hombros como si eso fuera a protegerla.

-Lo pensaré -volvió a mirarlo.

Él clavó los ojos en el manto de pelo negro y apretó las mandíbulas.

Ella se puso tensa, pero no hizo nada. Aun así, el aire que los separaba estaba cargado de anhelo y de los recuerdos de cuando estuvieron uno en brazos del otro.

Caiti tomo aire entrecortadamente y se llevó una mano a los labios. Quizá hubiera cosas que ella nunca sabría de él, pero él la conocía en el sentido bíblico de la palabra. Sabía perfectamente lo que la volvía loca de deseo, pero también sabía cuál era su comida favorita, cuáles sus temores o sus fobias.

Pero aún seguía siendo capaz de conseguir que lo deseara de tal forma que sentía un dolor placentero y que una sensación de emoción le recorriera las venas.

-¿Qué vas a pensar? -le preguntó Rob con delicadeza-. ¿En ese sonido ronco que haces cuando llegas al climax? ¿En la vez que me pediste que no te soltara porque te caerías del planeta? ¿En cómo te gustaba que te besara de los pies a la cabeza?

Ella cerró los ojos con incredulidad y sin poder evitar sonrojarse.

-Así de íntimos éramos, Caiti.

Ella abrió los ojos y se encontró con una mirada claramente irónica.

-N...no -se aclaró la garganta-. Así eres tú de desagradable y despreciable.

-¿Qué tenía entonces de desagradable y despreciable? -le preguntó burlonamente.

-Me refiero... a sacarlo a colación así...

-¿Te parece un golpe bajo? Quizá en más de un sentido. ¿O... te parece que sencillamente era así?

Ella lo miró fijamente e hizo lo único que podía hacer: darse la vuelta y marcharse.

-¡Es maravilloso! -exclamó Marión que tomaba el sol con Caiti en la playa.

Caiti se había librado de la excursión a las islas Hope porque se había levantado un viento de veinte nudos que hacía muy incómoda la travesía. Sin embargo, no se había librado del cambio de planes y de la visita a una ensenada muy protegida y con aguas color turquesa.

El resto del grupo paseaba por la playa o chapoteaba en al mar.

Caiti se dijo que no tenía nada de maravilloso. Se sentó y vio a Derek que examinaba unas rocas. Se preguntó si pensaría que su próximo matrimonio era como entrar en la cárcel. ¿Había que ser hombre para entender a otro hombre?

-Daría cualquier cosa por saber qué estabas pensando -le dijo Marión que llevaba un traje de baño blanco con flores tropicales.

-Mmm... estaba pensado en la primera vez que vine aquí -se inventó Caiti.

Luego le contó la historia de los vegetarianos franceses.

Marión se rió.

-Seguro que eso no es muy corriente.

-Luego me enteré de que eran de un club vegetariano y que por eso viajaban juntos -le explicó Caiti mientras se ponía boca abajo para no ver a Rob que acababa de aparecer para ir junto a Derek-. Por cierto, ¿conoce Derek a Steve, el hermano de Rob?

-Lo ha visto un par de veces, pero fueron suficientes para darse cuenta de que los hermanos no se llevaban muy bien. Al parecer, los dos se alejaron cuando los padres de Rob se divorciaron, ¿lo sabías?

-Bueno... sabía que Rob tiene una madrastra.

-Al parecer, Steve se quedó con su padre. Luego, Rob volvió al cabo de unos años y Derek se quedó con la sensación de que no había sido una transición muy fácil y, además, para complicar las cosas, su padre se casó con una mujer mucho más joven y tuvieron una hija.

Caiti se quedó boquiabierta.

-Al parecer, la familia Leicester es muy rica y bastante pintoresca.

-Ya...

Marión frunció el ceño.

-¿No supiste nada de todo esto en su momento?

-No, pero fue culpa mía en parte. Entonces, ¿Derek no te ha contado nada de la mujer de Steve?

-¿La que primero estuvo con Rob, luego cambio de opinión y más tarde volvió a cambiar? No, no habría sabido nada si no me lo hubieras contado tú, pero eso puede estar zanjado. Sí sé que ella sigue con Steve.

Caiti se levantó de un salto. Se quitó un pareo de rayas y mostró su bikini rosa.

-¡Vamos a darnos un baño!

La comida en la playa empezó muy agradablemente.

Grace estaba apasionada con el entorno virgen. Eloise y Ritchie se había bañado y habían jugado al criquet con Rob, y Marión y Derek había desaparecido detrás de las rocas durante bastante tiempo, lo que hizo que Caiti se dijera que estaba preocupándose innecesariamente.

Ella había preparado la comida, más que nada, por hacer algo. Desgraciadamente, Rob dejó de jugar al criquet y fue a ayudarla.

-¿La costumbre? -le preguntó mientras desplegaba unas mesas y unas sillas de lona.

Ella le lanzó una mirada poco amistosa y colocó tres ensaladas. Él puso los platos de pollo frío y jamón cortado.

Caiti metió unas servilletas de colores en los vasos como si fuera una comida para verdaderos clientes. Para terminar, Rob puso un florero con flores secas en medio de la mesa.

-Ya está -Rob se apartó-. Seguimos siendo un buen equipo pese al mal principio.

Caiti miró la mesa y luego lo miró a él que estaba mirándola a ella. Se había vuelto a anudar el pareo y llevaba el pelo en una coleta. Él no llevaba nada más que unos pantalones cortos de algodón.

-Sí -afirmó ella inexpresivamente-. Llamaré a los resignados a comer. Seremos un buen equipo, pero sigue habiendo hormigas, moscas y abejas.

-Por no decir nada de nuestros demonios personales.

Caiti se volvió para mirarlo, pero él se limitó a sonreír sin ganas.

Ella tragó saliva y en ese momento aparecieron Marión y Derek que íes alabaron la mesa tan elegante.

-Tenía entendido que te apañabas muy bien por aquí, Rob -exclamó Grace que también apareció para pedir una silla-. Ahora, he podido comprobarlo.

-Gracias, Grace -Rob descorchó una botella de vino-. Tengo que reconocer que siempre he contado con Caiti. Ella anima y decora todo muy bien.

-Me lo imagino -comentó Grace con cierto tono de malicia.

-Madre... -le avisó Derek.

Grace se encogió de hombros y empezó a servirse ante la invitación de Rob. Caiti pensó que todavía le quedaba mucho para ganar la batalla de la madre de Derek.

Sin embargo, Eloise y Ritchie sí habían oído el comentario de Grace.

-Estoy seguro de que Caiti podría animar cualquier cosa -afirmó Ritchie.

Eloise se puso en jaras.

-¡Cómo sois los hombres!

-Tienes razón Eloise, sólo hacía mi trabajo -intervino Caiti sin perder la calma.

-Bueno -Marión se sirvió y se sentó-, Caiti ha heredado la elegancia natural de su madre francesa además de ser una de las personas más trabajadoras y simpáticas que conozco.

Lo dijo con cierto tono vengativo y Caiti se sintió fatal.

-Ser medio francesa tiene sus inconvenientes -tuvo que aclarar-. Una vez organicé un follón tremendo porque le dije en francés a mi jefe, entre otras cosas, que era un cerdo arrogante -hizo una pausa y torció el gesto al acordarse-, pero no me había dado cuenta de que su mujer estaba delante y había entendido todo.

-¿Qué trabajo era ése? -le preguntó Grace.

-Cuidadora de un par de gemelos durante las vacaciones. Él era su padre.

-¿Y no intentó propasarse contigo? -le preguntó Grace con un acierto que estremeció a Caiti.

-Él... -miró a Grace como si fuera a atravesarla-. Sí, lo intento. ¿Y qué?

-Los hombres tienen la costumbre de hacer el ridículo ante ciertas mujeres.

Caiti miró su plato en el que había un poco de ensalada, algo de jamón y un par de patatas. Hizo un giro con la muñeca y lo tiró a los pies de Grace.

-Toma, vieja bruja -dijo en francés antes de volver a dejar el plato en la mesa y marcharse.

Un minuto después, echó a correr por la orilla hasta que dio la vuelta al promontorio y perdió de vista el grupo. Allí la encontró Rob.

-¡Lárgate! -le gritó mientras empezaba a correr otra vez.

Sin embargo, él la alcanzó y la sujetó hasta que ella se rindió en sus brazos.

-Te... odio... -balbució ella con la respiración entrecortada-. Tú lo empezaste todo. Tú me llamaste decorativa. Tú lo alentaste, siempre has tenido esa impresión de mí. Eres tan malo como la madre de Derek que piensa que yo provoco a los hombres para que se propasen conmigo.

-Caiti...

-¡No quiero oírlo! Gracias a ti lo he estropeado todo. Yo quería que Marión lo pasara maravillosamente hasta la boda. Por no decir nada de ayudar a que piense que soy una casquivana francesa.

Se soltó el brazo con tanta fuerza y furia que le dio una bofetada a Rob.

Él la agarró de la muñeca y le pasó el brazo por la espalda. Luego, la tomó firmemente de la barbilla y bajó la cabeza para besarla.

Cinco minutos más tarde, estaban sentados en la arena a buena distancia el uno del otro y mirando el mar.

-No puedo creerme que hicieras eso -dijo Caiti mientras se lamía el labio.

-Me pareció la única forma de calmar las cosas.

-A mí no me ha calmado nada.

Él se volvió para mirarla.

-Al menos has dejado de querer tumbarme de un puñetazo.

Ella se sonrojó levemente.

-Pero no ha despejado nada.

Él se tumbó y se apoyó en un codo.

-Yo creo que sí. Puede que se manifieste de distintas maneras, pero creo que se puede decir que los dos padecemos una grave insatisfacción sexual.

Ella se revolvió como impulsada por un resorte.

-¿Qué he hecho yo...? Estás diciendo que tu necesidad de insultarme es fruto de una insatisfacción.

-Sin duda.

-Eso es... -hizo un gesto y se quedó sin palabras.

-Tú no has hecho nada, pero tu tensión era evidente y estaba claro que no me hablabas.

-Eso no es verdad.

Él se limitó a mirarla.

-En este momento ya tengo bastantes cosas de las que preocuparme -dijo ella con dignidad.

-Mira, es muy loable lo que intentas hacer por Marión, pero no puedes hacer más. Hay cosas que sólo puede hacerlas ella. ¿Qué le llamaste?

-¿A quién?

-A la señora Handy.

-Vieja bruja -dijo con satisfacción-. Marión me previno sobre ella, pero no me esperaba que fuera tan difícil y crítica. No la conozco como para haberle hecho nada -se rodeó las rodillas con los brazos-. ¿Cómo estaban cuando te fuiste?

Rob arqueó una ceja.

-Ritchie apareció para apagar el fuego. Al parecer, Grace tiene cierta debilidad por él y cuando él insinuó que quizá ella se hubiera excedido un poco contigo, Grace se lo pensó y lo reconoció. Lo cual dejó sin argumentos a Marión.

-Me siento ridícula.

-Él también quiso dejar muy claro que su comentario sólo había sido un cumplido. Es más, me han comisionado para pedirte disculpas y llevarte para que comas algo.

Caiti apoyó la frente en las rodillas y empezó a reírse sin poder contenerse. Él hizo lo mismo. Luego, Caiti se tumbó con los brazos en cruz.

-Creo que voy a volverme loca -seguía riéndose como una colegial-. La verdad es que no tiene ninguna gracia, todavía nos queda una semana, pero ¿sabes lo que me parece muy gracioso?

Se sentó y miró a Rob.

-No.

Caiti volvió a extender los brazos.

-Estamos en un sitio maravilloso, lejos de la civilización, enfrente de un arrecife de coral, rodeados de espacio, mar, luz... y, sin embargo, no peleamos sin ningún motivo verdadero.

-¿Te parece gracioso?

-Sí. Por eso creo que me he vuelto loca. Todo es tan insignificante en comparación con esto... En cualquier caso, estoy un poco mejor.

-Caiti, sólo tú podrías verlo así.

La rodeó con el brazo y la tumbó sobre la arena.

-¿Estás diciéndome que, efectivamente, estoy como una cabra?

-Sin ningún género de duda. Como una cabra apetecible y maravillosa.

Caiti contuvo la respiración y se vio transportada a aquellos días cuando amaba a Rob con una felicidad que no había conocido nunca. Cuando se reían juntos y ella se sentía vivaz

y animada y lo amaba, al menos eso creía ella.

Rob se acercó y volvió a besarla en la boca con fuerza.

Caiti se vio dominada por el deseo y el ardor. El contacto de las manos de Rob sobre sus pechos y de sus piernas junto a las de ella hizo que se retorciera de excitación entre sus brazos. Él le desató el pareo y le soltó la parte superior del bikini para paladear sus pezones duros y erguidos. Ella se cimbreó y Rob le bajó la parte inferior del bikini para acariciarla entre los muslos. Sin duda, sus diestros dedos acabarían encontrando la cálida humedad del deseo, pero...

Ella se puso tensa. Si bien nada había cambiado, la música no sonaba igual...

-¿Caiti...?

Ella abrió los ojos.

-¿En qué estás pensando?

Rob apartó la mano y la rodeó con los brazos.

-Yo... -se pasó la lengua por los labios-. No lo sé. A lo mejor alguien viene a buscarnos.

La miró penetrantemente y con un leve reproche en el fondo de los ojos, pero, después de un instante que pareció un siglo, la besó suavemente en los labios y la soltó.

-Efectivamente, se puede esperar cualquier cosa de esta pandilla.

Rob se levantó y alargó la mano para ayudarla. Ella se puso el bikini.

-Creo -dijo Rob cuando ya estuvieron los dos de pie- que lo que procede es un baño.

-Tienes razón.

Caiti echó a correr hacia el agua y Rob la siguió.

Caiti se soltó la coleta para quitarse la arena del pelo. Luego, salieron juntos y Rob la tomó de la mano.

Ella abrió la boca para decir algo, pero Rob miró su belleza mojada.

-No digas nada.

-¿Por qué?

-Creo que en este momento las palabras sobran.

Ella se soltó la mano, recogió el pareo, lo remojó en el agua, lo escurrió y se lo ató entre los pechos.

-Es posible.

-Sólo puedo decir que eres preciosa -le agarró la mano otra vez y se la besó-. De acuerdo - un brillo burlón iluminó sus ojos-. Volvamos a la batalla.

Sin embargo, la batalla era una reconciliación en realidad. Incluso Grace se disculpó, aunque algo envaradamente.

Capítulo 7

ESA noche cenaron en el comedor principal. A última hora se hizo una reserva para cuatro personas. Eran dos parejas de «veintibastantes» años que estuvieron encantados de unirse al grupo y convirtieron la velada en una verdadera fiesta.

Sin embargo, Caiti bostezó a las once y media y, con el permiso de Marión, dijo que se iba a la cama. En vez de hacerlo, y después de comprobar que Rob se quedaba en la fiesta, se dirigió a la playa.

Casi al instante se dio cuenta de que había sido un error. Recordó el dolor y la angustia del día que abandonó a Rob y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

Se los secó y se dio la vuelta para volver a su cabana, pero una sombra apareció entre los árboles. Cerró los ojos al ver que se acercaba y notó sus dedos sobre la cara.

-Rob...

-Caiti, si tengo que secuestrarte, lo haré. En este preciso instante -posó la mano en el hombro de ella-, puedes caminar o te llevaré en brazos, pero tengo que hablar contigo. -Caminaré.

La llevó a la biblioteca del salón principal. Tenía unos cómodos butacones tapizados con terciopelo color crema y una mesa de escritorio de roble muy bonita.

Rob le señaló uno de los butacones y le dijo que volvería enseguida.

Caiti, por suerte para ella, seguía demasiado impresionada como para discutir. Se sentó y miró alrededor.

A menudo habían bebido algo allí cuando todos los clientes se habían acostado. Habían hablado de libros e incluso, una vez, antes de casarse, habían hecho el amor en esa habitación. Él cerró la puerta con pestillo y la besó con tanto anhelo que hicieron el amor sobre la alfombra color magenta. Caiti cerró los ojos y pudo notar el cosquilleo de la alfombra sobre la piel. También recordó cómo se rieron por el deseo impetuoso y disparatado que se había apoderado de ellos.

Volvió a la realidad y comprendió con toda seguridad que Rob la había llevado allí para que recordara aquello.

Rob volvió con dos cafés irlandeses y cerró la puerta.

Caiti dio un sorbo delicioso y él se sentó enfrente de ella.

Rob levantó la mirada de su taza y se encontró con la mirada de Caiti.

-Lo siento, Caiti, tenías razón. En su momento, me pareció adecuado pedirte que te casaras conmigo, pero nunca fue sólo eso.

Ella se quedó inmóvil y cuando habló le salió una voz que parecía llegar de la distancia.

-Entonces, ¿no estabas enamorado de mí?

-Quizá lo más exacto sería decir que no quería enamorarme de nadie, pero tal y como pasaron las cosas...

-Quieres decir que te encontraste con que habías seducido a una virgen que se había enamorado perdidamente de ti y, además, tenías que volver a casa y encontrarte con tu cuñada que todavía te deseaba. Siento repetirme o parecer una justiciera amargada, Rob, pero las cosas pasaron así, ¿no?

Caiti se dio cuenta de lo cruel que había sido, pero no sabía cómo retractarse.

-¿Habrías preferido que te pidiera perdón, que te dijera que había sido un placer haberte conocido y despedirme de ti? ¿Te habría dolido menos?

Ella cerró los ojos. Intencionadamente o no, la cruda realidad de su disparo acertó de pleno.

-No -susurró Caiti-, pero al menos no habría vuelto para divorciarme de ti.

Rob dejó el café en una mesilla.

-Caiti, mi cuñada ya no interviene en ningún sentido. Leicester Downs vuelve a funcionar como la seda y no me necesita. Ya no hay motivos adecuados ni de conveniencia para seguir casados.

Caiti se levantó y lo miró cara a cara.

-Es posible, pero ¿qué me dices de las cicatrices que te dejó ella? ¿Ha cambiado algo? Acabas de decirme que en ese momento no querías enamorarte de nadie, ¿cambiarás alguna vez?

-Hay algo que no ha cambiado -contestó sarcásticamente-. Seguimos sin poder dejar de desearnos. ¿Te has dado cuenta?

Caiti se llevó las manos a las mejillas al darse cuenta de que estaba sonrojándose.

-¿Cómo lo interpretas, Caiti? -Rob arqueó una ceja burlonamente-. Hay otra cosa que me interesa -continuó él al no recibir respuesta-. Es la falta de datos sobre el hombre con el que piensas casarte. ¿Quién es? ¿Dónde está? ¿Es serio?

Ella tragó saliva.

-No lo tienes muy presente cuando te tengo entre mis brazos...

La miro de arriba a bajo y ella se sintió como si no llevara nada encima.

-No pareció interponerse cuando me besaste antes -a Rob los ojos le brillaban con ironía-. Hablando de seriedad, yo habría dicho que te lo tomabas muy en serio. Yo, desde luego, lo hacía.

Caiti dejó escapar un sonido de impotencia.

-¡Qué típico de un hombre!

-Yo diría que es típico de una mujer -replicó él delicadamente mientras se levantaba y le tomaba la barbilla-. Si quieres, puedes irte sola a la cama, Caiti Galloway, pero sé perfectamente dónde preferirías estar. Por cierto -Rob miró alrededor-, ¿te acuerdas de una noche en esta misma habitación?

Ya veo que sí te acuerdas -añadió cuando ella se apartó precipitadamente.

-Eso es... -Caiti no pudo terminar.

-¿Otro golpe bajo? -Rob se encogió de hombros-. ¿No te parece que la situación entre nosotros está en un punto crucial?

Ella se llevó las manos a las sienes.

-Rob, tú...

-Ya, ya lo sé -la interrumpió Rob—. Es posible que tenga un pasado del que me cuesta hablar y seguramente haya sido bastante cínico sobre el amor, el matrimonio, las familias felices y esas cosas, pero si después de dieciocho meses seguimos sintiendo esto el uno por el otro, eso es una buena prueba de cuáles son nuestros verdaderos sentimientos.

-¿Verdaderos sentimientos? -susurró ella.

-Te deseo tanto como siempre, Caiti. No sólo en mi cama sino en mi vida. Cuando tú bajas la guardia, te pasa lo mismo. ¿O no?

Caiti se agarró las manos, pero no encontró las palabras para negarlo.

-Déjame que te diga algo más que también es verdad -añadió Rob con delicadeza-. Me da la sensación de que te sientes menospreciada. ¿Es una venganza?

-¿Qué quieres decir con venganza?

-El divorciarte de mí para casarte con otro.

Caiti abrió la boca, pero nunca llegaría a saber lo que habría dicho porque sonó el teléfono que había en la mesa y reclamó la atención de Rob.

-Salvada por la campana -murmuró él con una sonrisa felina.

Caiti temblaba de pies a cabeza cuando entró en su cabaña.

La verdad era que ella no encajaba con un Rob depredador, pero también era verdad que la atracción entre ellos se mantenía intacta. Sin embargo, ¿tenía razón ella al pensar que tampoco habían cambiado otras cosas?

Su cinismo, por ejemplo. ¿Él no podía decir o pensar que la amaba sencillamente porque no lo pensaba? Quizá no existiera ese amor ni nunca existiría.

Además, ella seguía debatiéndose con la esencia de Rob. ¿Acaso la amaba pero no lo diría nunca, o era un hombre que nunca se permitiría dar el paso definitivo en la relación con una mujer?

La acusaba de querer vengarse de él casándose con otro hombre. Eso deformaría más todavía sus sentimientos. Caiti se sentó en la cama y respiró profundamente para tranquilizarse antes de hacerse una pregunta más. ¿Podría perdonar a Rob por ser tan caballeroso de casarse con ella en vez de decirle que desapareciera de su vida?

Al fin y al cabo, él debió de tenerla muy presente después de que lo abandonara. Si no, ¿por qué iba a haber llamado a un centro de vacaciones con su nombre? ¿Por qué la deseaba tanto? ¿Estaba siendo tonta al rechazar todo lo que él podía ofrecerle?

No encontró respuestas ni consiguió dormir bien.

A la mañana siguiente, las cosas tomaron otro rumbo.

Había que ser ciego para no darse cuenta de que Marión y Derek habían tenido una pelea monumental.

Caiti aprovechó la primera ocasión para llevarse a su prima.

-¿Qué ha pasado? -le preguntó mientras bajaban los escalones de madera que llevaban al bosque.

-No voy a casarme con Derek y si crees que me importa, estás confundida.

-Marión, claro que creo que te importa. ¿Qué ha pasado? Seguro que puede arreglarse.

Marión se paró y miró de frente a Caiti.

-No puede. Al parecer, nada de lo que hago estos días está bien. Además, creo que ni siquiera quiere tener hijos.

Volvió a ponerse en marcha a toda velocidad.

-Vamos a sentarnos -le dijo Caiti al ver un banco en el camino-. Vamos por partes. ¿Qué es lo que haces mal?

Marión siguió andando.

-Él cree que no está bien que me ponga la ropa de la luna de miel. Cree que me he gastado demasiado dinero en ropa. Incluso cree que estamos gastándonos demasiado en la luna de miel.

-Ah.

-También ha tenido el valor de decirme que creía que mi comportamiento de anoche fue impropio de una mujer a punto de casarse.

-¿Qué...?

-Anoche bailé con otros dos hombres. Todo el mundo bailaba con todo el mundo, menos Derek.

-Ya, ya -Caiti agarró a Marión de los hombros y la sentó en el banco-. ¿Por qué crees que no quiere tener hijos?

-Anoche, antes de la discusión, le dije que el año que viene por estas fechas podríamos volver a Camp Ondine para celebrar el aniversario de bodas y el bautizo de nuestro hijo y que Rob y tú, si estabais juntos,

seríais unos padrinos fantásticos.

Caiti abrió los ojos como platos y se quedó muda.

-De acuerdo -siguió Marión-, había tomado algunas copas de vino...

Caiti asintió con la cabeza.

-Entonces fue cuando me dijo que no había que pensar todavía en los hijos y que nos quedaba mucho camino por andar.

-Marión...

Marión se volvió violentamente para mirarla.

-Caiti, para ser sincera, me habría gustado casarme hace mucho tiempo. Ahora sé que Derek ha estado aprovechándose. Seguramente yo se lo pusiera muy fácil, no lo sé, pero sí sé que he sido la única en poner algo de sentimiento. Yo he sido la única en estar contenta por la boda.

-Pero... -Caiti se calló al acordarse de la interpretación de Rob.

-Es más -siguió Marión-. Se confunde si cree que no sé por qué está tan quisquilloso. Sólo quiere que me enfade tanto que sea yo quien cancele todo y él ser la víctima.

-Marión -dijo Caiti mientras su prima tomaba aliento-, ¿qué vas a hacer?

Marión se sonó la nariz y se enjugó los ojos.

-Voy a cancelarlo todo.

-Pero... Tú lo quieres...

-No lo sé. No sé si me he acostumbrado a pensar que lo quiero. No sé si lo peor de todo es pensar que he desperdiciado tanto tiempo de mi vida. No sé casi nada, pero estoy harta de hacer todo según lo haya programado Derek. ¡Nadie va a decirme cuándo voy a formar una familia!

-Cariño -Caiti le pasó el brazo por los hombros-. Lo siento. No sé qué decirte. Es una decisión que sólo puedes tomar tú.

Marión sollozó y cerró los ojos.

-¿Qué pasa con Rob y tú?

-Mmm... todavía no hay nada resuelto.

-Pero, ¿estáis hablando?

Caiti notó una punzada y asintió con la cabeza antes de cambiar de tema.

-¿Le has dicho a Derek que vas a cancelarlo todo?

-No. Esperaré a que lleguemos a casa. No quiero tener que soportar a su madre y a su hermana. ¿Por qué no te quedas una noche o dos?

-No, quiero decir, nadie me lo ha pedido y además, tú...

Marión la agarró de la mano.

-Te quiero y te lo agradezco mucho, Caiti, pero no necesito que me lleves de la mano. Sé lo que estoy haciendo y cuando lo haya hecho, tomaré un avión y pasaré un día o dos en Brisbane.

Lo dijo con mucha decisión y Caiti se dio cuenta de que era una de esas veces que su prima hablaba en serio.

-Bueno...

-Mira -Marión se levantó-. Rob, por lo menos, no mareó la perdiz durante cuatro años para luego decirte que no podía comprometerse.

-Quizá Derek no se haya dado cuenta... -Caiti se calló porque sabía que era inútil.

-Da igual.

-Antes de cancelarlo, díselo como me lo has dicho a mí -le pidió Caiti-. A lo mejor te llevas una sorpresa.

Marión arqueó una ceja con incredulidad y oyeron unos pasos.

Afortunadamente, era una de las parejas que había llegado. Se saludaron y Marión y Caiti volvieron al salón en silencio. Hasta que Caiti lo rompió.

-¿Podrás fingir que no pasa nada hasta que lleguéis a casa?

-Derek ya sabe que las cosas no van bien. Tendremos que confiar en que Ritchie anime la situación. Tú no quieres participar en ese follón, ¿verdad?

Antes de que Caiti pudiera contestar, se toparon con Rob.

-Vaya, justo la persona que estaba buscando -exclamó Marión-. Rob, ¿podrías quedarte con Caiti un par de días más?

-¡Marión! Rob, yo...

Rob la miró atónito, pero reaccionó rápidamente.

-Será un placer, si no la necesitas en Cairns.

-No. Ha hecho un trabajo fantástico hasta ahora, pero querrá descansar de nosotros.

-Marión...

Marión estaba camino de su cabaña.

-Tengo que hacer el equipaje. ¡Hasta pronto!

Caiti resopló.

-No sé si preguntar... -dijo Rob.

-Tenías razón. Bueno, por lo menos Marión está convencida de que Derek no tiene ganas de casarse y va a cancelar la boda. No puedo creérmelo.

-Cuanto antes mejor.

-Sólo le queda una semana, pero sé lo que quieres decir. Estoy agotada. Por cierto, no digas nada, nadie lo sabe todavía. En cuanto a lo de quedarme...

-Tú intenta no quedarte...

-Rob ese estilo primitivo no es propio de ti.

Rob se cruzó de brazos.

-Las situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas y

nosotros tenemos un asunto pendiente. Si me disculpas un segundo... tengo que ir al despacho, pero ni se te ocurra desaparecer, Caiti.

-¿Cómo se llama?

Caiti estaba sentada en una roca junto a la playa. Estaba absorta dándole vueltas a los misterios de la vida y al matrimonio en concreto cuando le hicieron la pregunta. Era media tarde y el grupo de Marión se había ido, bastante abatido, hacía un par de horas.

Se volvió y vio a una niña de unos seis años vestida con un bikini. Tenía el pelo rizado y rubio, los ojos azules y parecía estar sola.

-Hola. Yo me llamo Caiti, ¿y tú?

-Miranda. ¿Vives aquí?

-No. Soy una cliente, ¿y tú?

-Creo que también. Mamá dijo que ya no soportaba más la finca y que nos veníamos como fuera. ¿Crees en las hadas?

Caiti abrió la boca y volvió a cerrarla.

-Sí -contestó con bastante seriedad.

-Mucha gente no cree.

Caiti frunció el ceño.

-Mucha gente cree que es de mayores no creer en las hadas, pero no se dan cuenta de que las hadas lo saben y no les hacen caso. Por ejemplo, el ratoncito Pérez, que es como una hada, dejar de ir si no crees en él.

-Bueno, yo creía, pero él no apareció -Miranda abrió la boca para que viera el agujero-. Fue hace dos días, pero nadie ha venido a recoger el diente.

-Seguramente las hadas y sus amigos estén muy ocupados, pero estoy casi segura de que si lo pones esta noche lo recogerán.

Una mujer rubia y con aspecto agobiado apareció por el camino que llevaba a la playa.

-Miranda, ¿cuántas veces te he dicho que no puedes ir sola por ahí?

-No estoy sola, mamá. Estoy con esta señora. Se llama Caiti.

Caiti extendió la mano.

-Caiti Galloway. ¿Qué tal está?

-¿Usted es... es... Caiti Galloway?

-Sí, ésa soy yo -Caiti esbozó una sonrisa-. ¿Qué he hecho?

-Nada... Dios mío -la mujer levantó la mirada al cielo-. No ha sido mi mejor día. Le pido disculpas. Soy Alexandra Leicester, pero me llaman Lex. Soy la madrastra de Rob... bueno he dejado a su padre, pero en cualquier caso... ¿Has... has vuelto con él?

-Eso no lo sabe -Miranda agarró a Caiti de la mano-. Pero cree en las hadas.

Caiti, perpleja, pensó que, efectivamente, era como si se la hubieran

llevado las hadas.

Capítulo 8

LAS cosas están descontrolándose -le dijo Caiti a Rob. Era la primera oportunidad que tenía de estar a solas con él. El día había empezado siendo complicado y había pasado a ser de mucho trabajo, al menos para Rob. Había llegado un grupo de diez personas además de su madrastra y su hermanastra, que se habían presentado de repente.

Sin embargo, era el rato de tranquilidad previo a la cena, cuando todo el mundo estaba duchándose y arreglándose. Rob la había llevado a un tranquilo rincón del porche y le había ofrecido un cóctel.

-Tienes razón -Rob estiró las piernas-. ¿Crees que hay algo en el aire o en al agua?

-No me extrañaría -contestó Caiti.

-No te preocupes, Lex ya ha dejado a mi padre un par de veces, pero siempre vuelve.

-¿Por qué se ha marchado?

Rob se comió la cereza del cóctel.

-Por el típico problema que tienen las mujeres con los hombres Leicester. Papá es dominante, no para de trabajar, no entiende que a ella le cueste mucho vivir en una finca llena de ganado. Además, por su

culpa, ella se olvidó de hacer de ratoncito Pérez con Miranda. ¿Nunca has querido irte a una isla desierta?

Caiti puso los ojos en blanco.

-¡Qué idea tan maravillosa! Pero, ¿por qué ha venido contigo?

-¿Por qué no? ¿Acaso soy un monstruo?

-No, pero ella, cuando menos, ha sustituido a tu madre...

-No. Eso había terminado definitivamente cuando Lex apareció.

-¿Qué te parece tener una hermanastra de seis años?

Rob sonrió.

-A veces hace que me sienta un poco viejo, pero Lex me gusta por todo eso.

-¡Menos mal que gusto a alguien!

Lex apareció también con un cóctel y se dejó caer en una butaca.

-Lex, hablando de tu hija y de su afición a dar vueltas por todos lados, ¿dónde está?

-Una gobernanta está cuidándola. Ya le he advertido de que no la pierda de vista.

-Muy bien. ¿Me disculpáis un momento? No veremos para cenar.

-Claro, lárgate, así conoceré mejor a Caiti -le dijo Lex.

Rob miró diabólicamente a Caiti.

-Hay veces que preferiría haberme casado con Rob que con su padre -reconoció Lex.

Caiti la miró con los ojos fuera de las órbitas.

-¿Tuviste... la oportunidad?

Lex sacudió la cabeza.

-Era una broma. Hablame de ti, Caiti.

Caiti miró a Lex mientras pensaba cómo lidiar la situación. Lex tenía treinta y bastantes años, era alta, esbelta y tenía el mismo pelo rubio y los mismos ojos azules que su hija. Era atractiva, pero con un estilo disparatado. Su mirada azul daba a entender que decía lo que pensaba.

-Rob quiere que sigamos casados, pero yo tengo muchas reservas.

Lex la miró fijamente y dio un sorbo a su copa.

-¿Por qué?

-Seguramente tú lo sepas mejor que yo.

-¿Te refieres a Steve y sobre todo a Stella?

-¿Se llama Stella?

-Sí. Todo está zanjado -afirmó Lex rotundamente.

Caiti se encogió de hombros y Lex asintió con la cabeza.

-Tienes razón si quieres decir que Rob tendría que convencerte a ti y no a mí. Pero nueve de cada diez mujeres diría que estás loca.

-¿Lo dirías tú? -le preguntó Caiti.

Lex suspiró.

-Son difíciles. Creo que es algo genético.

Caiti frunció el ceño ligeramente.

-Frank... ¿es igual?

-Puede serlo -Lex se miró las manos-. Cuando has dominado una tierra inhóspita, cuando has luchado contra la sequía, las inundaciones, el calor abrasador, las plagas y las enfermedades del ganado, uno se endurece casi demasiado. Además, para Rob estaba esa tontería de quién era su padre y la ruptura del matrimonio que le dejaron huella.

Caiti la miraba sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo, pero Lex parecía no darse cuenta.

-Sin embargo, hay veces que creo que Rob es el más cuerdo de los tres, el que tiene más perspectiva. Él tuvo la idea de diversificar y creo que los centros turísticos están siendo una mina de oro. También es el único que puede tomarlo o dejarlo, seguramente porque dejó Leicester Downs una temporada con su madre -Lex miró alrededor-. No te casarías con una explotación ganadera y eso, aunque no te lo creas, es bastante. Ahí viene.

Caiti se volvió y vio a Rob que se acercaba con Miranda de la mano. Ella se dirigía a él muy seriamente y él le contestaba igual, pero fuera lo que fuese lo que él le dijo, hizo que Miranda se riera y lo mirara encantada.

Caiti tuvo una sensación extraña. Era como si estuviera ante un hombre distinto, pero, al mismo tiempo, se acordó de las palabras de Marión y era como si estuviera haciendo un rompecabezas. Se preguntó cuánto pasado llevaba él sobre las espaldas que le impedía abrirse a los demás.

Después de tres días, Caiti seguía en Camp On-dine. Lex y Miranda también seguían allí, aunque Frank Leicester había hecho aproximaciones que estaban teniéndose en cuenta.

También llegaron noticias de Marión. No había cancelado la boda, pero tampoco estaba segura de seguir adelante.

-¡Sólo quedan cinco días! -comentó Caiti cuando se lo contó a Rob.

-Derek ha debido de quedarse impresionado al verse con la posibilidad de perderla y estará haciendo todo lo posible por remediarlo.

Caiti se quedó dándole vueltas a la última frase. Derek estaba haciendo todo lo posible para convencer a Marión de que la amaba, pero Rob no hacía nada para convencerla a ella de nada.

Es más, la había puesto a trabajar.

En realidad, hubo un problema de personal y él le había preguntado si podría hacer una visita guiada por el bosque tropical. Ella había aceptado encantada. Un brillo burlón iluminó los ojos de Rob antes de agradecérselo.

-¿Qué insinúas?

-Una cosa -contestó él-. ¿Qué me dices de los animales?

-¡Puaj! -exclamó Miranda que estaba con ellos-. Una vez me encontré una rana en las botas y la pisé. Casi me dio un ataque al corazón.

-Exagerada -le dijo Lex-. Eres muy joven para que te dé uno.

-¿Por qué?

Caiti sonrió para sus adentros. Miranda era una niña muy curiosa. Las explicaciones sencillas no solían dejarla satisfecha y siempre quería saberlo todo.

Caiti no sólo había aceptado hacer el recorrido de dos días por el bosque tropical, sino que también iba a echar una mano en la recepción.

Los recorridos por el bosque fueron un éxito y no cometió ningún desastre con la centralita.

-Compruebo que no has perdido tu talento. Con la gente, me refiero -añadió Rob.

-Tampoco he tenido problemas con las reservas ni he causado ningún desastre en la cocina -contestó ella provocadoramente.

-Es usted una joya, señorita Galloway -Rob la miró con otros ojos-. ¿O debería llamarla señora Leicester?

Caiti contuvo la respiración, pero no dijo nada. No pensaba tratar el asunto de su matrimonio por el momento.

Aunque de repente pensó que Rob estaba dominando la situación muy sutilmente. Le recordaba lo bien que habían trabajado juntos hacía dieciocho meses. Era una cuestión estrictamente profesional, pero con la tortura que suponía sublimar el deseo que sentían el uno por el otro.

Le pasaba como le pasó en su momento, pero tenía que reconocerse que seguramente le pasaría lo mismo toda la vida. Sin embargo, trabajar con él era especialmente emocionante, se dijo mientras entraba en su cabaña.

Había sido un día agotador. Camp Ondine estaba lleno y lleno de clientes muy exigentes. También supo, por las conversaciones telefónicas de Rob, que estaba teniendo problemas con las últimas fases de Camp Caiti.

Se acercó a la ventana para aspirar el aire de la noche. Todo se había complicado. Tenía la imagen del niño que había crecido con las dudas de su padre sobre de quién era hijo y, además, también estaba conociendo a un Rob Leicester más completo.

Gracias a Lex y Miranda. Cuando estaba con ellas, era gracioso, nunca ponía un gesto malhumorado y era muy bueno con su hermanastra; ella lo adoraba.

Ese hombre tan completo empezaba a gustarle mucho, pero... ¿hasta el punto de poder perdonarlo? ¿Hasta el punto de confiar en él? o, lo

que era más importante, ¿llegarían al punto en el que él podría confiar plenamente en ella?

No pudo contestarse las preguntas porque algo saltó dentro de la cabaña por la ventana. Ella la cerró de golpe, salió de la cabaña al porche y se topó con Rob.

-¡Caray! Tranquila, Caiti. ¿Qué pasa?

-Una rana... creía que ya no me importaban... ¡Puaj! Miranda tiene razón. ¿Crees que soy demasiado joven para que me dé un ataque al corazón?

-Sí, pero te late a toda velocidad...

-¿Puedes notarlo?

Rob la agarró por la espalda y la atrajo contra sí.

-Sí.

Por nada del mundo habría dejado de apoyar la cabeza en el hombro de Rob hasta que recuperara el pulso.

-Me siento muy tonta -dijo con un hilo de voz.

-Al contrario -Rob le acarició la espalda-. Yo te siento sensacional.

-¿Rob? -lo miró a los ojos.

Él también la miró.

-No sé tú, Caiti, pero éste es unos de esos momentos en los que no voy a poder contenerme, así que todavía puedes marcharte, pero no te doy mucho tiempo.

Caiti se estremeció. Esa vez fue porque notaba su cuerpo cálido y fuerte, su innegable anhelo por ella y que su propio cuerpo también reaccionaba al deseo.

-Yo... -sus ojos color lavanda estaban húmedos y reflejaban angustia-. Yo no...

-Caiti, vete ahora si quieres -Rob abrió los brazos-. Si no lo haces, va a pasar.

Caiti lo miró y vio la tensión en la comisura de sus labios.

-¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Dónde habías metido esto durante los últimos días?

-¿Dónde? -Rob sonrió casi desesperadamente-. Debajo de mucho trabajo y fuerza de voluntad. ¿Cómo lo has hecho tú?

-Igual... supongo -se encogió de hombros-. Trabajar contigo ha empeorado las cosas.

-¿Entonces?

-¿Por qué no puedes decirme por qué eres como eres?

-Caiti, ¿qué quieres...? -se paró en seco-. De acuerdo, soy cínico y desengañado. La relación de mis padres fue una pesadilla, la mujer de mi hermano me tentó, ¿qué más quieres saber?

-¿Amas a Stella?

Rob suspiró.

-En su momento, pensé que sí. Ella era hechizadora. Hasta que descubrí que era una bruja que jugaba a dos bandas -se paró y apretó los dientes-, pero eso ha terminado.

Caiti pensó que además no sabía si era el hijo de su padre y eso podía ser demoledor, pero también podía contárselo...

-Entonces, ¿qué hay entre nosotros? -le preguntó Caiti.

-Para mí es un deseo de volver a sentir la misma música -la miró de arriba abajo.

-¿Lo sabías? -susurró ella.

-Lo suponía. Hay muchas cosas de ti que no puedo olvidar.

Ella se dio casi toda la vuelta.

-Demasiadas, Rob -tenía la voz quebrada por la emoción-. Hay muchas cosas que sigo sin entender y nunca sabría si es lástima o caballerosidad o ambas.

-Entonces, ¿qué tienes pensado para nosotros, Caiti?

La pregunta la sorprendió.

-¿Qué quieres decir?

-Caiti, no podemos seguir así. ¿Qué propones que hagamos?

Ella se quedó mirándolo.

-¿Insinúas que lo pasemos por alto y que cuando la boda se resuelva en un sentido u otro cada uno se vaya por su camino? -siguió Rob-. ¿Que tú te vayas con un hombre que olvidas por completo cada vez que te beso?

Caiti separó los labios y tragó saliva.

-Sí...

-Entonces, tu venganza habrá sido perfecta -dijo Rob con tono cansino-. ¿No te parece que el precio habrá sido muy alto?

Ella, repentinamente, perdió el dominio de sí misma.

-Estoy segura de que superarás este ligero contratiempo, Rob. Estoy segura, como lo está tu madrastra, de que hay muchas mujeres que están deseando consolarte, así que...

-¿Y tú, Caiti? -el tono era gélido e insolente-. ¿A quién elegirás para que te consuele?

-No lo sé -se lamió las lágrimas que le habían llegado al labio-. No lo sé.

-¿Qué me dices de...?

-No hay nadie. Tú has dado por supuesto que quería divorciarme para casarme otra vez, yo no lo he dicho.

Mientras Rob lo asimilaba, su expresión se endureció más todavía.

-Ibas a dejar que lo creyera...

Ella separó las manos con las palmas hacia arriba.

-Creía que te ayudaría a que... tuviera sentido para ti.

-¿Sentido...? -repitió Rob en voz baja pero cargada de reproche.

Esa vez fue él quien se dio la vuelta y bajó rápidamente los escalones.

Clint Walker había trabajado con Rob en la creación de Camp Ondine y lo había dirigido cuando Rob tuvo que volver a Leicester Downs.

Respetaba a su jefe por lo mucho que trabajaba, aunque a veces fuera estricto y tiránico.

Por eso se encontró entre dos fuegos cuando Caiti acudió a él esa noche con una petición urgente para que la ayudara a salir de Camp Ondine.

Se llevaba muy bien con Caiti. La había aceptado y había sido padrino de su boda con Rob. Seguía sin entender qué había pasado dos días después, pero lo había apenado. El pensaba que hacían una buena pareja y había esperado que la reaparición de ella volviera a unirlos.

Sin embargo, Caiti, que lo acorraló en la lavandería mientras peleaba con una máquina de lavar industrial, no era una mujer feliz. Tenía ojeras y la tensión a flor de piel.

-Caiti -Clint miró el reloj-. No puedo hacerlo esta noche. Tengo que arreglar esta lavadora y, además, tengo muchas cosas que hacer. ¿Lo has hablado con el jefe?

-Clint, ¡estoy escapándome del jefe!

-¡Otra vez, no, Caiti! Escucha, no sé que os pasa, pero no puede ser tan grave.

-Clint... -el tono era de desesperación-. Es un sitio muy apartado...

-Por eso gusta tanto. Duérmete. Mañana habrá pasado todo. Port Douglas está muy lejos y, sinceramente, mi puesto de trabajo no valdría un comino si te ayudara a irte a estas horas de la noche. Ni a cualquier hora, la verdad sea dicha.

Caiti puso gesto de remordimiento y arrepentimiento.

-Perdona, no debería habértelo pedido. Supongo que no pensaba con mucha claridad.

Clint le dio una palmada en el hombro.

-Vete a la cama, Caiti. Las cosas se ven mucho peor por la noche. -Sí... Eso haré.

Tres horas más tarde, Clint golpeaba con fuerza la puerta de la cabaña de su jefe. Al cabo de unos segundos, Rob apareció vestido solamente con unos pantalones cortos.

Miró a su hombre de confianza con mal gesto.

-¿Qué pasa? Ha sido un día espantoso. ¿No va a acabar nunca?

-No se ha estropeado nada, Rob, pero ha desaparecido un coche.

Rob arqueó las cejas todo lo que pudo.

-Repítelo...

-Tu todoterreno, para ser más exactos.

-¿Qué?

-Lo que oyes.

-¿Uno de los clientes es un cleptómano? Puede pasarle cualquier cosa por esos caminos en la oscuridad.

-No es uno de los clientes, precisamente.

Rob se rascó la cabeza.

-¿Quién es, precisamente?

Clint empezó a contarle la visita de Caiti. Rob lo escuchaba cada vez con más incredulidad.

-Te equivocas, Clint. Ella está profundamente dormida en la cabaña de al lado.

-¿La has visto?

-Sería muy difícil verla a través de una puerta cerrada con pestillo -replicó con cierta ironía-, pero te lo demostraré -salió al porche y golpeó en la puerta contigua-. ¡Caiti, abre! ¡Clint cree que te has dado a la fuga!

No hubo respuesta. Rob giró el picaporte y la puerta se abrió. Tanteó para buscar el interruptor y encendió la luz. La habitación estaba completamente vacía. La cama estaba hecha y el armario vacío.

-No ha podido llegar muy lejos -comentó Clint-. Estoy seguro de que tu coche estaba ahí hace media hora.

Rob soltó una ristra de juramentos.

-¿Puedo darte un consejo? -le preguntó Clint con cautela.

-¡Claro...!

El rostro de Clint reflejó claramente que se arrepentía de haber abierto la boca.

-Da igual.

-Clint, habla ahora o calla para siempre.

-Bueno, ella estaba muy enfadada. Quizá, sólo quizá, deberías cambiar tu... táctica...

-¿Qué te crees que he estado intentando hacer?

Rob volvió a su habitación y empezó a sacar ropa al azar. Diez minutos después estaba conduciendo otro todoterreno por el camino que llevaba a la carretera principal.

Caiti había recorrido muchas veces esa carretera, pero siempre había conducido otra persona. Aparte, nunca había conducido un todoterreno.

Los árboles gigantescos flanqueaban la carretera y cada dos por tres los faros enfocaban un par de ojos rojos. Se estremeció al pensar todo lo que se ocultaba allí.

Sin embargo, estaba casi segura de que nadie la echaría de menos

hasta la mañana siguiente. Creía que Clint habría dejado de hacer cosas y sabía que Rob estaba acostado.

Por eso se llevó una sorpresa muy desagradable cuando vio por el retrovisor que unos faros se le acercaban a una velocidad mucho mayor que la suya.

-¡Maldita sea! -farfulló antes de rezar que fuera Clint.

Naturalmente, no lo era. El vehículo la adelantó por donde parecía imposible hacerlo, se le cruzó en el camino y ella tuvo que frenar en seco. Rob se bajó de un salto.

Ella seguía temblando cuando él abrió la puerta.

-¿Te escapabas, Caiti?

Ella se aferró al volante y se mordió el labio inferior.

-¡Sí! ¿Por qué no iba a hacerlo? No soy tu prisionera... te odio... -unas lágrimas le rodaron por las mejillas y se las secó con el dorso de la mano-. Detesto estar casada contigo y acabas de quitarme seis meses de vida por el susto.

Rob apagó el motor.

-Nada de eso lo justifica. ¿Habías conducido un coche de estos alguna vez?

-¡No! Pero habría llegado.

-O te habrías matado -replicó él lacónicamente.

Caiti cruzó los brazos sobre el volante, apoyó la cabeza en ellos y lloró.

Rob la miró en silencio. Luego, suspiró, apartó el otro coche de la carretera y volvió.

A ella no le quedaban ni fuerzas ni ganas de pelea cuando él la tomó en brazos y la dejó en el asiento del pasajero. Rebuscó en la guantera y sacó algo. Encendió la luz interior.

-Caiti -le dijo suavemente mientras le acariciaba el pelo-. Toma un poco de esto.

Ella parpadeó y vio que le ofrecía una petaca.

-¿Qué es?

-Brandy. Te sentará bien.

Ella dio un sorbo. Luego dio otro sorbo y la llantina empezó a remitir.

Rob le quitó la petaca y la abrazó.

-¿Qué vamos a hacer? -le preguntó con un susurro.

-No., lo... lo sé -balbució ella.

-¿Realmente me odias?

Ella cerró los ojos.

-¿Caiti...?

-No, Rob -no abrió los ojos-, pero realmente me da miedo volver a

amarte.

-A lo mejor -la besó en los párpados- es culpa mía. ¿Podría volver a empezar?

Ella tomó aire y abrió los ojos bruscamente.

Las pequeñas manchas doradas de los ojos de Rob eran muy apreciables y la mirada era profunda e intensa.

-¿Cómo? -le preguntó Caiti.

-Creo... -Rob vaciló-. Tengo que volver a mi origen. No ahora mismo, claro. Primero tienes que dormir bien, pero ¿me dejaras intentarlo? Ella tragó saliva y asintió con la cabeza.

Rob cumplió con su palabra.

La llevó de vuelta y casi la metió en la cama. Ella se quedó dormida antes de que la cabeza tocara la almohada, pero él se quedó un rato para cerciorarse de que no se despertara. Dejó una lámpara encendida y se fue para aprovechar las dos horas que le quedaban.

Al día siguiente, Caiti se despertó como si le hubieran dado una paliza, como si todos los encontronazos sentimentales hubieran sido físicos. Ni siquiera había tenido fuerzas para levantarse y cuando Rob llamó suavemente a la puerta, ella estaba sentada entre almohadas. Rob entró con una bandeja de desayuno y acompañado de Miranda.

-Caiti -la niña se subió a la cama para darle un abrazo-, tenías razón. Quería decírtelo, pero se me olvidaba todo el rato.

-¿Tenía razón? -Caiti también la abrazó.

-Sí -Miranda se sentó sobre los talones y sacó una moneda reluciente-. ¡Vino el ratoncito Pérez! Tampoco estaría tan ocupado.

-¡Dios mío! -exclamó Caiti-. Es muy generoso.

-Mamá me ha dicho que es porque es mi primer diente y se ha retrasado. Seguramente la próxima vez no me traiga tanto dinero.

Rob dejó la bandeja en la mesilla y la miró con curiosidad.

-¿Qué tal estás?

-Bien -ella se sujetó el pelo detrás de la cabeza-. Seguramente, mejor que lo que parece.

-Tu aspecto es... -Rob se calló-. ¿Estás libre para comer en privado conmigo?

-¿Cómo de privado...?

-He pensado ir a pescar. Tú y yo. Haremos una excursión al río.

-Mamá y yo no podemos ir porque papá va a venir a visitarnos -comentó Miranda.

Caiti parpadeó y miró a Rob.

Él asintió con la cabeza.

-Hay otra noticia que no es tan buena. Marión llamó hace un rato. La ha cancelado.

Caiti se incorporó con la mano en la garganta.

-¿Qué tal está ella?

-Iba hacia Brisbane. ¿Podemos hablar de eso mientras comemos?

-De acuerdo.

-Mientras tanto, descansa. Nos encontraremos en el embarcadero a las doce.

Se quedaron un rato mirándose a los ojos.

-Sí...

Rob se fue y se llevó a Miranda.

Caiti miró la bandeja del desayuno. Resopló, pero se negó a llorar.

Capítulo 9

LA LANCHA era más pequeña que las que iban a las islas Hope, pero era muy cómoda. Incluso tenía un camarote en la proa para poder pasar la noche.

A las doce y diez, Caiti se despedía con la mano de Lex y Miranda que se quedaban en el embarcadero. Rob enfiló hacia el centro del río y aceleró el motor. Caiti se sujetó el sombrero. El río estaba liso como un espejo, hacía calor y no había ni una nube.

Frank Leicester no había llegado todavía y había dejado a Lex un poco tensa mientras Miranda, que no sabía nada, estaba muy nerviosa por su visita.

-Quizá hubiéramos debido traernos a Miranda -le gritó a Rob por encima del estruendo del motor.

-Es muy loable tu deseo de arreglar todos los asuntos matrimoniales, pero eso está por encima de nuestras obligaciones.

-Sólo lo siento por Lex.

-Una de las gobernantas puede echarle una mano.

-Bueno. ¿Cuánto vamos a remontar la corriente? -Caiti se colocó a su lado-. ¿Cómo has conseguido tomarte el día libre?

-Te diré un pequeño secreto. De repente, a Clint se le ocurren muchas cosas. Estaba preguntándome en voz alta cómo podría pasar unas horas sin que nadie me interrumpiera cuando me propuso que me fuera a pescar y que él se ocuparía de todo.

-Es encantador, ¿no?

Rob asintió con la cabeza.

-En cuanto a remontar la corriente... tengo un sitio especial a donde no llevo a nadie y hay mucha pesca.

-Me gusta la idea.

Rob le sonrió.

-También hay muchos cocodrilos y no podremos bañarnos.

Media hora más tarde habían anclado en un recodo del río. Era un sitio mágico. Las palmeras se alineaban en la orilla y un poco más arriba los nenúfares cubrían la superficie. Sólo se oía al cantar de los pájaros y las zambullidas ocasionales de algunos peces que se asomaban fuera del agua.

Los dos habían lanzado los anzuelos y Rob acababa de ofrecerle una copa de vino blanco mientras él se tomaba una cerveza. El sol, la paz y, quizá, el exceso de sensaciones hacían que Caiti se sintiera casi desmayada.

Hasta que sintió un tirón en su caña de pescar.

-¿Qué hago?

-Rebobina suavemente -Rob dejó la cerveza y agarró una red-. Nota el peso y si te parece que puede escaparse, dale más carrete. Tampoco tanto como para que se esconda entre las rocas. ¿Te parece grande?

Caiti empezó a resoplar mientras rebobinaba.

-Como una ballena. No... no puedo con él.

-Claro que puedes. Haz lo que vaya diciéndote. Suelta un poco de sedal.

Caiti tomó aire.

-¡Caray! ¿Qué es?

-No lo sé. Muy bien, rebobina otra vez, ¡con calma!

Le dolían las manos y las muñecas y notaba que la caña se le clavaba en el vientre. De repente, el pez saltó fuera del agua y volvió a entrar, ella estuvo a punto de ir detrás.

Rob se puso detrás para sujetarla de las caderas.

-Sigue rebobinando. Yo te sujetaré.

-¿Es un salmón salvaje?

-No.

-Vaya...

Él se rió.

-Según algunos, es incluso mejor, un salmón dorado, me parece. Tiene una carne maravillosa. Bien, bien, ya lo tenemos cerca, sigue rebobinando y no dejes que se meta debajo de la lancha, enredaría el sedal en la hélice.

Caiti siguió tirando hasta que vio el destello del pez debajo de la superficie.

-Voy a soltarte un instante.

Rob metió la red en el agua y sacó el pez.

Caiti se cayó sobre el trasero al no sentir resistencia y Rob lanzó un juramento.

-¿Qué...? ¿Qué pasa? -farfulló Caiti.

-¡Es el salmón más impresionante que he visto en mi vida!

Rob le sonrió de oreja a oreja. Estaba tan animado y viril que a ella se le cortó la respiración. Rob lo agarró de las agallas y lo levantó en vilo.

-Mis respetos, señora Leicester, es una magnífica captura. ¿Estás bien?

Caiti se levantó.

-Aparte de algún moratón en el trasero que tú no te has dado cuenta... ¿Por qué los hombres os olvidáis de todo cuando ha picado un pez?

Rob dejó el pez en un depósito de agua, la abrazó y empezó a acariciarle el trasero.

-¿Mejor...? -le preguntó con delicadeza.

-Mmm... -ella asintió con la cabeza.

Rob la miró con un brillo diabólico en los ojos.

-¿Quieres que eche una ojeada?

-¿Crees que es sensato?

-Depende -hizo una pausa para mirarla a las mejillas que seguían congestionadas-. Depende de si primero quieres hablar o no.

Caiti estaba abrumada por la euforia de haber pescado el pez y, si era sincera, por la euforia de estar entre sus brazos.

Se humedeció los labios para hablar, pero se detuvo al acordarse de que amaba a Rob quisiera ella o no, aunque él la asustara y aunque él nunca fuera a quererla como lo hacía ella.

Además, no había nada que le apeteciera tanto como estar pescando con él. En realidad, prefería estar en cualquier sitio con él a estar sola. No sólo eso, todo el cuerpo le bullía de deseo, la sangre la abrasaba, las piernas le flaqueaban, se sentía como un jardín abandonado que empezaba a florecer ante la idea de hacer el amor con él.

-Rob -tembló de pies a cabeza-. Creo que he llegado a un punto en el que lo que tenga que ser, será. No quiero promesas ni declaraciones porque en este momento sólo te quiero a ti. ¿Podrías darme alguna pista de que voy por el buen camino?

-¿Buen camino? -repitió él lentamente-. Si supieras cuánto te deseo...

-Rob, no puedo más porque te deseo demasiado.

La tomó en brazos y la llevó al camarote.

Todo terminó en cuestión de minutos.

-Lo siento, lo siento -repitió él mientras la abrazaba-. Ha sido imperdonable.

-No lo ha sido -Caiti apoyó la cabeza en su hombro-. Ha sido maravilloso.

-Caiti -Rob sonrió-, gracias a Dios.

-He oído música celestial, Rob.

-Tú habrás oído música, pero yo he oído cohetes y cañonazos.

Ella se quedó pensativa.

-Es posible, pero mi música era rápida, embriagadora y triunfal.

-¿Triunfal? -Rob levantó la cabeza para mirarla-. ¿Así me he sentido?

-¿No te has dado cuenta?

-Vaya, no me quejo aunque sí puedo decir que ha sido un milagro.

La miró con deleite. Tenía el pelo deliciosamente despeinado y algunas marcas en la sedosa piel. La expresión de sus ojos era ligeramente provocadora, aunque había algo más.

¿Lo que tenga que ser, será? Se preguntó Rob. ¿Era eso lo que percibía en sus ojos? ¿Era la aceptación del destino que había vuelto a

unirlos y ella sólo podía dejarse arrastrar por la corriente? ¿O estaba decidida a tomarse frivolamente su reunión?

Pensó que ella siempre tendría algo misterioso. Cuando había llegado a pensar que ya la conocía, siempre lo sorprendía. Como en ese momento. A pesar de que aceptaba el deseo incontrolable que sentía por ella y de dejarse dominar por él, no sabía si podría conservarla ni si ella quería que la conservara si él no le daba buenos motivos para hacerlo.

¿Cómo podría él encontrar las palabras para decirle por qué era así? Quizá más importante todavía, ¿cómo podría cambiar?

Ella no le dio la oportunidad de que le explicara nada. Se quedó ensimismada con los reflejos en el techo y se quedó profundamente dormida en sus brazos.

Después de un rato, él se levantó y se dio una ducha. Luego, fue a limpiar y filetear el salmón, pero no podía dejar de pensar en el enigma de Caiti Galloway.

Siempre había sido un enigma. Era virgen cuando él habría jurado que tenía mucha experiencia. Una chica de veintiún años que se había enamorado tanto de él que no había podido soportar saber que podía haber algo además de su oferta de matrimonio...

Cuando terminó de limpiar el salmón, se estiró y bostezó. No se le ocurría nada más delicioso que volver al camarote junto a su mujer.

Ella no se inmutó cuando él se tumbó junto a ella y aspiró el olor de su piel y de su unión. Tampoco se inmutó cuando le pasó los dedos por el pelo y aceptó no haberse sentido tan conmovido por ninguna mujer. ¿Significaría eso algo para ella?

A última hora de la tarde, Caiti se movió entre sus brazos y él abrió los ojos para comprobar que la mirada color lavanda se reía de él.

-¿Qué pasa?

Rob le apoyó la mano en el hombro y le acarició todo el cuerpo. Ella observaba los mechones de pelo que tenía entre los dedos y la sombra azulada de su mandíbula.

-Estaba pensando si esto sería lo que estaba pensando que era.

-¿Qué piensas que es?

-Una negligencia grave. Me invitó a comer, señor Leicester.

-Veamos... ¿estás muriéndote de hambre?

-Efectivamente -afirmó con seriedad-. Además, con motivo.

Rob frunció el ceño.

-Te he dado de desayunar.

-Me refiero al plato principal que ha llegado como caído del cielo y sin aperitivo.

Caiti apartó las sábanas y se sentó. Empezó a trazar círculos en el vello de su pecho y luego fue bajando la mano.

Él dio un respingo y se apoyó en las almohadas.

-Creo que tendré que darte el rumbo.

La tomó en vilo y la puso a horcajadas sobre él. Ella le acarició el pecho.

-Siempre me sentía la persona más feliz del mundo, como ahora.

-Lo recuerdo... con bastante claridad -dijo Rob con cierta ironía.

-¿No te gustaba?

-Claro, me gustaba cuando no me moría de ganas por sentirlo -le tomó los pechos y los pezones entre los dedos.

Ella movió el trasero y se inclinó hacia delante hasta rozarle el cuerpo con el pelo. El movimiento hizo que el casco de la lancha golpeara contra el agua.

-Ya sé lo que quieres decir. ¡Te refieres a volcar la barca!

Él le tomó los pechos con más fuerza.

-Yo diría que es un buque, desde luego no es una barca... las cosas crecen...

-A mi me parece perfecto.

Rob dejó escapar un gruñido.

-Eres una bruja, ¿lo sabías?

-Que Dios me perdone.

Caiti recibió la erección dentro de sí y empezó a moverse con una cadencia elegante que hizo que Rob pensara que podía llegar a morir allí mismo.

El sol estaba poniéndose cuando salieron al exterior agarrados de la mano.

-¿Tienes hambre? De comida, me refiero -añadió Rob con una sonrisa burlona.

Ella sonrió pensativamente.

-Me muero de hambre y de sed.

-Siéntate. Te haré los honores.

Primero llevó una botella de agua mineral y una copa de vino. Luego, sacó un festín de la nevera portátil.

Había cangrejo con salsa, patas de pollo frías, aguacate con marisco y ensalada de mango y papaya con crema de coco y cayena. De postre tenían fresas con chocolate.

-Es impresionante. Digno del Ritz.

-Pedí lo mejor -reconoció Rob mientras le servía el cangrejo-. Aunque si llego a saber que ibas a pescar el mejor salmón que se ha visto por aquí desde hacía años, lo habría cocinado yo mismo.

-Me había olvidado. ¿De verdad?

-De verdad. ¿Te habías olvidado?

Caiti tomó con los dedos una pata de cangrejo y la mojó en la salsa.

-Hay cosas que pueden hacer que te olvides de todo lo demás.

-Efectivamente. Por ejemplo, pasar la noche fuera.

Ella abrió los ojos como platos.

-¿Es posible?

Rob se encogió de hombros.

-Debería serlo. Me parece que Clint es un hombre con una misión.

-¿Una misión?

-La misión de reconciliarnos.

Rob la miró fijamente y ella se quedó con los ojos clavados en el plato.

-¿No es lo que tú habías pensado, Caiti? -le preguntó Rob al cabo de un rato.

Ella levantó una mirada seria pero tranquila.

-Yo había pensado aceptar los días como vinieran, Rob, eso es todo.

Rob abrió la boca para preguntarle cómo era posible que dijera aquello cuando había hecho el amor como ninguna mujer lo había hecho con él, pero se contuvo.

-Entiendo -lo maravilló su falta de originalidad.

-Pero me encantaría pasar la noche fuera -puntualizó ella.

Rob pensó que se encontraba con una Caiti mucho más cautelosa, pero que, en realidad, también se había esperado que iba a arreglarlo todo sólo con acostarse con ella.

Eso le planteó otra pregunta. ¿Seguía él eludiendo la cuestión sentimental? ¿Seguía resistiéndose a indagar en las turbulentas entrañas de su vida? ¿Tenía un temor atávico que no podía cambiar? Si él pudiera encontrar la forma de derribar esos muros para siempre...

-Perfecto. Se lo comentaré a Clint por radio.

Se levantó y fue hasta el aparato de radio.

-Camp Ondine, Camp Ondine, aquí lancha dos, aquí lancha dos... ¿me oyes, Clint?

Hubo unos ruidos de interferencias y luego se oyó a Clint.

-Lancha dos, aquí Ondine... menos mal que has llamado Rob. Miranda se ha perdido.

Caiti se quedó paralizada.

El viaje de vuelta fue veloz y silencioso.

Lex los esperaba en el embarcadero llorosa y desesperada. Agarró el cabo que le lanzó Caiti y amarró la lancha.

-Juro que sólo estuvo unos minutos sin vigilancia. Ahora, ha oscurecido...

-Lex -la interrumpió Rob-, escucha -se volvió hacia Caiti-. ¿Puedes ocuparte de Lex? No va a ser muy útil en este estado.

-Claro.

-Tu padre está furioso. Furioso conmigo. Todo iba de maravilla, pero...

-Menuda novedad... -replicó Rob sin inmutarse.

-Todo el mundo está buscándola -continuó Lex-. He venido al embarcadero por si se le había ocurrido venir para esperaros.

-Muy bien, es una buena idea. ¿Por qué no la buscáis Caiti y tú por los arenales? -Rob sacó una linterna y un chaleco salvavidas que entregó a Caiti-. Tiene un silbato. Si la encontráis, silba tres veces.

Rob bajó de la lancha y dio un fugaz beso a Caiti.

-Tened cuidado.

Pasaron unas horas angustiosas antes de que Rob encontrara a Miranda en una hondonada rocosa. No le había pasado nada, pero estaba muy asustada.

Para entonces, Caiti ya había conocido a Frank Leicester. Él la había saludado con el mayor recelo posible.

-Vaya, vaya, la novia fugitiva. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

-¿Qué tiene que ver eso, Frank? -le preguntó Lex entre sollozos.

Él era rudo, curtido y con el pelo canoso, pero era un hombre atractivo. También se podía distinguir una enorme tensión en sus ojos y Caiti no le respondió en el mismo tono.

-¿Qué tal está? Sí, soy Caiti Galloway.

Entonces, Rob llamó por radio y media hora después apareció con Miranda en brazos y envuelta en una manta.

La reunión de madre, padre e hija fue muy emocionante y Rob se mantuvo a un lado con una expresión indescifrable.

Lex se dio la vuelta para agradecérselo y su padre le dirigió una mirada.

-Hijo, no sabes cómo te lo agradezco... -le extendió la mano.

Rob se la estrechó.

-¿Puedo hacerte una sugerencia? Ocúpate de las dos, son muy especiales.

Frank pasó el brazo por los hombros de Lex y puso la mano en la cabeza de Miranda.

-Es lo que pienso hacer -aseguró mientras se las llevaba.

Caiti se dio la vuelta para soltar algunas lágrimas. Cuando quiso darse cuenta, Rob había desaparecido y Caiti se preguntó si siempre habría sido tan extraño.

Se sentía apenada por él y antes de ir a buscarlo, pasó por su cabaña y agarró dos botellines de brandy.

Rob estaba en la playa. Exactamente en el mismo sitio donde lo dejó hacia todos esos meses.

Estaba igual. Desaliñado, polvoriento, con la camisa rasgada y los

vaqueros sucios. Él no se dio cuenta de su presencia hasta que entró en su campo de visión.

-Hola -le dijo Caiti mientras que le ofrecía una copa-. Me toca ser la reconciliadora.

-Gracias. Miranda vio un koala y decidió seguirlo.

-A lo mejor necesita uno de esos aparatos para saber su situación...

Rob hizo una mueca y dio un sorbo.

-Yo ya había empezado a pensar en todo tipo de cosas.

-Lo sé. Como todos -Caiti tomó aliento y se sentó junto a él-. Yo...

-Todo tipo de cosas y no sólo sobre Miranda -la interrumpió Rob-. ¿Podrás perdonarme alguna vez que haya sido tan cobarde y estúpido?

Caiti se quedó atónita.

-No entiendo...

-Yo tampoco entendía, al menos completamente, pero desde hace mucho tiempo me he sentido desplazado aunque no se lo reconocía a nadie. Incluso esta tarde, en la lancha, no estaba seguro de si sería capaz de profundizar lo suficiente como para explicártelo.

Caiti contuvo la respiración un instante y luego la soltó.

-Sin embargo -siguió Rob-, al pensar en que habíamos perdido a Miranda y luego al verlos tan felices, he visto claramente lo que me estaba haciendo y lo que te estaba haciendo.

-Sigue -susurró ella.

Ella había ido para decirle que esas mismas situaciones habían conseguido que lo entendiera mejor, pero era preferible que saliera de él.

-Mi padre... -se quedó un rato con la mirada clavada en el mar-. Bueno, durante mucho tiempo creyó que yo no era hijo suyo y mi madre tampoco estaba muy segura.

-¿Cómo pudo pasar eso? -preguntó Caiti en voz baja.

-Como pasa siempre. Su matrimonio hacia agua y ella tuvo un amante, pero volvió con él. Entonces llegué yo, algo prematuro o... de otra persona. Estuvieron peleándose hasta que se separaron, cuando yo tenía seis o siete años, pero incluso a esa edad me daba cuenta de que a los ojos de mi padre yo no era igual que Steven. No sabía por qué, pero me daba cuenta de que yo tenía alguna culpa.

Caiti cerró los ojos y se preguntó cómo era posible que alguien le hiciera eso a un niño.

-Para complicar más las cosas, Steve es la viva imagen de mi padre y yo, si me parezco a alguien, es a la rama familiar de mi madre.

-¿Qué pasó con tu madre?

-Algún tiempo después del divorcio, ella volvió a casarse y vive en Perth. Yo me pasé ocho años con ella, lejos de Leicester Downs y allí me

interesé por estas cosas. Su familia tenía una cadena de hoteles rurales.

-¡Eso lo explica todo! -Caiti sonrió-. ¿Por qué volviste?

-No podía soportar a su nuevo marido. Yo ya tenía quince años y podía afrontar saber quién era mi padre. No sé por qué no lo hicieron antes. Supongo que hasta que la prueba de ADN no fue habitual, se podía demostrar quién no era tu padre, pero no se podía demostrar quién sí lo era.

-Pero, al fin y al cabo, sí eras hijo suyo. ¿Te recibió bien?

-Hizo todo lo que pudo, pero habían pasado muchas cosas y Steve y él estaban muy unidos. Aun así, comprobé que me alegraba volver a estar con ellos, hasta...

-¿Stella?

-Stella. Ella era el ejemplo perfecto de alguien que utiliza su cuerpo, su apariencia y su encanto.

Caiti sintió un escalofrío.

-Entiendo.

Rob la abrazó.

-¿De verdad? Ella hizo que mi vida fuera un infierno durante un tiempo. Cuando la conocí, yo estaba en la universidad y no vivía en casa. La llevé a la finca durante un fin de semana largo y ella, sin que yo me diera cuenta, captó perfectamente la situación. Steve era el hijo mayor, el favorito y el que, probablemente, heredaría casi todo. Entonces, me dejó a cambio de él.

-¿Steve no tuvo reparos?

-Steve -Rob suspiró- nunca tuvo oportunidades. Lo único que quiso toda su vida fue dirigir Leicester Downs, es un ganadero de los pies a la cabeza. No quiero decir que sea un paleto, ni mucho menos, pero las mujeres no tenían mucha presencia en su vida y ella... ella lo obnubiló.

-Pero todo se volvería muy complicado...

Rob le acarició los brazos.

-A mí todavía me quedaban dos cursos y no me costaba mucho mantenerme alejado de aquello. Naturalmente, tuve que volver, pero para entonces ya llevaban más de un año casados. Ellos tenían su casa y, en cierta medida, su propia vida. Además, mi padre había arrendado otras tierras que yo fui a dirigir.

-Y te parecía que había suficiente distancia como para que no fuera un problema.

-Eso me imagino. En ese momento yo no tenía ningún motivo para pensar que Stella no se había enamorado de Steve, pero me di cuenta pronto y supe que tenía que salir de allí. Tuve esta idea de los centros turísticos y también dejé de amar a Stella y comprobé lo perversa que era -hizo una pausa-. La cuestión es que volví a encontrarme lejos,

desplazado, y eso fue un golpe mucho más fuerte que lo que Stella nunca significó para mí.

-¿Cuándo apareció Lex?

-Más o menos por esas fechas. En cualquier caso, decidí que ya no podía más; que ellos podían jugar a ser unas familias felices o infelices, pero que yo iba a concentrarme en construir mi imperio.

-Rob... -susurró ella-. Entonces fue cuando te construíste ese muro alrededor.

Él la estrechó contra sí.

-Visto desde ahora, sí. Yo nunca me había imaginado que el muro llegaría más allá de mi familia ni que me contagiaría tanto recelo sobre el amor y el matrimonio.

-Es un milagro que no seas más escéptico que lo que eres.

Rob esbozó una sonrisa triste.

-Entonces, Steve tuvo el accidente. ¿Sabes lo que pasó? -Rob sacudió la cabeza como si todavía lo asombrara-. Se me ocurrió que volver y llevar Leicester Downs sería la forma de demostrar definitivamente a mi padre que yo era un hijo digno de él. A pesar de todo esto -extendió los brazos para abarcar Camp Ondine-. Es curioso, ¿verdad?

-¿Sentir eso por tu padre cuando prácticamente te había repudiado?

Rob dejó la copa y se frotó la mandíbula pensativamente.

-Hay veces que tengo que culpar más a mi madre que a mi padre. Ella fue quien dudó sobre la paternidad del niño que estaba engendrando. Ella era... -suspiró-. Ellos eran una mezcla explosiva de amor y odio.

-¿Sabes lo que pienso? Eso pasa algunas veces entre las personas y son incapaces de cambiarlo o de cambiar las consecuencias, pero ella es tu madre y él es tu padre, nada puede cambiar eso.

-Quizá -aceptó él-. En cualquier caso, por el motivo que fuera tuve una necesidad muy apremiante de volver a Leicester Downs, pero...

-Las cosas se pusieron interesantes -comentó Caiti sin asomo de humor-. Ahí estaba yo para complicarlo todo.

-Caiti -Rob sacudió la cabeza-. Nunca me perdonaré haberle dicho aquello a Lex por teléfono, pero estaba desesperado porque mi padre había rechazado mi oferta hacía unas horas.

Ella se quedó boquiabierta.

-No lo sabía. ¿Por qué?

-Aunque parezca raro, por ti. Él dio por sentado que me había casado contigo por los motivos equivocados. Estaba completamente furioso.

Caiti parpadeó al acordarse de lo que había dicho Lex por teléfono sobre la furia de su padre.

-Me acusó de casarme con la primera chica que se me puso por

delante, lo cual complicaba más una situación bastante complicada. Intenté explicárselo, pero no me escuchaba. Entonces fue cuando Lex intervino por teléfono. Entonces fue cuando lo simplifiqué todo de la forma más elemental y... -frunció el ceño- y como si les reprochara que puesto que eso era lo que todos pensaban de mí, qué esperaban que hiciera -volvió a suspirar-. Stella no era especialmente discreta, pero, increíblemente, Steve no sabía nada de lo que estaba pasando o aparentaba no saberlo. Mi padre, sin embargo, me arrancó la promesa de que yo no estaba haciendo nada para perjudicar el matrimonio de mi hermano.

Caiti asintió con la cabeza.

-Yo le prometí que ella estaba completamente a salvo de mí y que nunca volvería a Leicester Downs sin mi propia mujer.

Caiti dejó escapar el aire entrecortadamente.

-Ya lo sé. Todas las pruebas se acumulan contra mí.

Ella no dijo nada.

Rob fue hacia la orilla. Hacía dieciocho meses, el día había sido ventoso y con un cierto sabor salado. Esa noche estaba en calma y la luna creciente surcaba el cielo estrellado. Caiti esperó a que Rob volviera para ponerse delante de él.

-Ahí llegamos a ti y a mí...

-Efectivamente. Y al hecho de que aunque yo no estaba preparado para reconocer que me había enamorado de ti, tampoco podía dejar que te marcharas.

Caiti lo miró a los ojos.

-Pero sigues sin poder decirlo, Rob, aunque ahora puedo entender el motivo.

-Sí puedo, Caiti, te amaba entonces, te amo ahora y te amaré siempre. Desgraciadamente cuando te marchaste, y sólo fue mi culpa, levanté algunos muros más y cuando volviste para pedirme el divorcio, los reforcé.

Ella tomó aire.

-Yo... bueno... creo que puedo entenderlo y también tuve mi parte de culpa.

-¿Entenderlo? -Rob esbozó una sonrisa forzada-. Ahora me parece una locura. No podía soportar la idea de perderte otra vez, no podía soportar la idea de imaginarte con otro hombre, pero yo no podía...

Se encogió de hombros.

-Estabas furioso y más furioso todavía cuando supiste que no había otro hombre.

-Porque imaginarte con otro hombre después de todo lo que yo había pasado... y porque -se metió las manos en los bolsillos- daba la sensación

de que para ti la separación tenía sentido.

-Yo no sabía de la misa la mitad...

-Lo sé. Hoy, al ver a Lex, a mi padre y a Miranda, me he dado cuenta de cuál era mi problema.

Caiti lo miró expectantemente.

-Me faltaban agallas. Mantenerte alejada mentalmente para siempre, era y es impensable. Seguir siendo un solitario desilusionado ante tu amor y la cosa más maravillosa que me ha pasado jamás sería una cobardía, pero también sería confirmar todo lo que había pasado antes -la miró a los ojos-. No sé si esto significa algo para ti, Caiti, pero no sólo te quiero, sino que no he podido mirar, y mucho menos tocar, a otra mujer desde que te fuiste.

Caiti abrió los ojos como platos y rememoró la primera vez que hicieron el amor en la lancha. No sabía por qué lo pensó en su momento, pero le pareció que él lo había hecho como un hombre que llevaba mucho tiempo de abstinencia.

-Tanto me importas -terminó él con voz entrecortada.

Caiti parpadeó para enjugarse las lágrimas.

-A mí me ha pasado lo mismo.

-¿Entonces?

La pregunta se quedó flotando en el aire.

-Rob, hay algo de lo que no te has dado cuenta, pero había venido para demostrarte que te amaba independientemente de tu pasado y de que pudieras hablar de ello o no -le alargó la mano izquierda con la palma hacia abajo.

Rob la miró y vio el anillo de diamantes en el dedo anular.

-Caiti... -el nombre le brotó con incredulidad.

-Creo que va siendo hora de que recuperemos nuestro matrimonio, ¿no?

-Mi amor...

Parecía que Rob no podía moverse por la impresión, pero la abrazó como si nunca fuera a soltarla.

Capítulo 10

HAY algo que no entiendo -dijo Caiti. Estaban en la suite nupcial, mucho más grandiosa que sus cabañas.

Caiti y Rob estaban en la bañera gigante, rodeados de burbujas y bebiendo champán. Hasta que Caiti hizo ese comentario.

-¿A qué te refieres?

Rob miraba las burbujas que se arremolinaban alrededor de los pechos de Caiti y pensó que aunque hacía poco habían echo el amor, no tardaría en volver a querer hacerlo...

-Dijiste que tu padre había rechazado tu oferta de volver a dirigir la explotación ganadera, pero aun así fuiste, ¿no?

-Sí.

-¿Por qué cambió de idea?

-Me puse... -esbozó una sonrisa maliciosa-bastante desagradable, y deberías comprenderlo, Caiti.

-¿Qué hiciste?

-Le dije que no hay mayor tonto que un tonto viejo, que él no podía solo con todo y que estaba harto de que me machacara la vida. Le dije que todo había sido por su culpa, incluso, indirectamente, que tú te hubieras largado, pero que yo no descansaría hasta recuperarte. Además, que entretanto tendría que acostumbrarse porque yo iba a tomar las riendas.

Caiti se estremeció.

Rob la abrazó.

-No fue muy agradable, pero funcionó. Llegamos a entendernos mucho mejor y creo que algunas de mis ideas le gustaron de verdad. Siempre será una persona complicada, él es así, pero creo que he hecho las paces con él.

-Me alegro mucho -susurró Caiti-. ¿Qué tal están... Stella y Steve?

Rob le frotó la coronilla con la nariz y sonrió.

-Quieres tener todos los cabos atados, ¿verdad?

-Es posible que sea de esas personas... -reconoció Caiti con seriedad.

-Steve estuvo convaleciente y entrando y saliendo del hospital de Cairns durante un año. Stella fue a estar con él. No sé si fue por la impresión de casi perderlo, pero parece mucho más satisfecha. ¿Podemos hablar de nosotros para variar?

-Claro. ¿Qué tienes pensado?

-Planes para el futuro... Dónde te gustaría vivir y todas las cosas que no comentamos en su momento.

Caiti sonrió.

-¿No dicen que tu hogar está donde esté tu corazón? Pues mi corazón está contigo.

Rob la besó lentamente.

-Pero no podemos pasarnos la vida en cabañas para clientes. He pensado, si te parece bien, que puesto que Ondine es mi sede principal, podríamos construir nuestro hogar aquí.

Caiti se sentó recta.

-¡Rob, me encantaría!

-¿De dónde sacas tanta energía?

-¡Nunca me había encontrado mejor!

Rob gruñó.

-También tenía pensado ofrecerte un trabajo, mejor dicho, una participación.

Ella dudó.

-No tienes por qué hacerlo.

Él también se sentó recto.

-Sí tengo que hacerlo. Te necesito, Caiti.

-¿Cómo? ¿Por qué?

-Quizá no te des cuenta, pero cuando tú estás por aquí, el sitio parece más animado y los clientes parecen más... integrados.

Ella lo miró fijamente.

-¿De verdad?

-Sí -la besó en la frente-, de verdad. No quiero decir que tengas que partirte el espinazo trabajando, pero si quisieras ocuparte de atender a los clientes, no se me ocurriría a nadie mejor para ese puesto.

-Qué curioso... ya tenía algunas ideas al respecto.

Rob la miró con detenimiento.

-A veces pienso que este sitio sería perfecto para algo de cultura.

-Sigue.

-Quizá para un acontecimiento musical anual o un taller de literatura que dirigiera un escritor famoso o una feria de arte que no se limitara a la pintura. En esta zona hay cerámica y tejidos preciosos. ¿Qué te parece un curso de cocina creativa? ¿Y un encuentro de culturas aborígenes...?

-Basta -le pasó los dedos por el pelo.

-No te gusta la idea.

-Me encanta. Eres un genio.

Volvieron a dejarse caer y Caiti, por una vez, se quedó sin palabras ante el futuro que se le presentaba por delante.

De repente se acordó de algo.

-Si Marión supiera cómo han evolucionado las cosas... -se tapó la boca con la mano-. ¡Marión! ¡Se me había olvidado! He estado acordándome toda la mañana y luego...

-Caiti... Hiciste todo lo que pudiste.

-Pero ella estará...

-Parecía aliviada. Me dijo que no sabía cómo había llegado a acostumbrarse a ser un felpudo y que si bien su vida resultaba un poco sombría, también se había quitado un peso de encima. Me dio un mensaje para ti, pero me pareció mejor no dártelo.

A Caiti se le salían los ojos de las órbitas.

-¿Fuiste capaz?

Rob bebió un poco de champán.

-Sí, fue un pequeño disparate.

-¿Qué mensaje era? -le preguntó con el ceño fruncido.

-Me dijo que te dijera que habías sido una inspiración.

-¿Yo? ¿Por qué?

-Porque te mantuviste firme y te negaste a ser una mujer de conveniencia.

Caiti sintió un escalofrío, Rob dejó la copa, se sentó de un salto y la tomó entre sus brazos.

-Eso ya ha pasado, cariño.

-Lo sé, pero no puedo evitar entristecerme por ella y pensar que todo tiene algo de paradójico. Yo intentaba por todos los medios que ella subiera al altar, no al revés.

-Entonces, a lo mejor esto te consuela. También me llamó Derek. Ha ido a buscarla. Se ha llevado el susto de su vida y no quiere perderla por nada del mundo. Aunque se haya cancelado la boda.

Caiti se tranquilizó.

-Supongo que lo que tenga que ser, será.

-Claro. Por cierto, hablando de sexo...

-¿Hablábamos de eso? -le preguntó ella con aire de inocencia-. Ha sido maravilloso -le dijo muy seria.

-También ha sido un récord. Tres veces en un día.

-Muy impresionante. ¿Has pensado en batirlo?

Rob la miró fijamente y sólo encontró un interés profundo en sus ojos.

-Bueno... no.

-¿Te parece que cuatro veces en un día puede ser síntoma de un comportamiento depravado?

Rob entrecerró los ojos.

-¿Te lo parece a ti?

-Hay un reloj en aquella pared.

Él miró por encima de su hombro.

-No me había fijado. ¡Son las dos y media de la mañana!

-Efectivamente. Eso significa que estamos en otro día. Podemos estar

tranquilos.

Rob se volvió para mirarla con una sonrisa en los ojos.

-Adelante...

-¿Te gustaría celebrar de alguna forma este giro de los acontecimientos...? -le preguntó Rob.

Seguían en la suite nupcial. Se habían despertado tarde y estaban disfrutando del desayuno. Caiti lo miró con cautela por encima del borde de la taza de café.

- Por casualidad, ¿no te referirás a una boda?

Rob llevaba una camisa y un pantalón de algodón y había hablado con Clint mientras Caiti se duchaba. Ella sólo llevaba un pareo de seda.

-¡Desde luego que no! Ya me casé una vez y no creo que vuelva a hacerlo hasta dentro de mucho tiempo. ¿Qué te parece un safari y un bautizo?

Caiti dejó la taza y parpadeó.

-No hemos tenido un hijo.

El la miró de una forma que le aceleró el pulso y luego la agarró de la mano a través de la mesa.

-A este paso, puede pasar antes de lo que nos imaginamos, pero estaba pensando en bautizar Camp Caiti con tus padres, Lex y mi padre.

Caiti dio un respingo.

-Mi padre está en Patagonia.

-En realidad, está aquí.

-¿Qué?

-Él y tu madre llegaron esta mañana y preguntaron por ti. Yo no los he visto todavía, me lo ha dicho Clint. Se han inscrito como el señor y la señora Galloway.

-No puedo creérmelo -se puso de pie de un salto-. ¡Rob! Han vuelto a juntarse.

-Eso parece. Ya van tres reuniones. Si hay un poco de suerte con Marión y Derek, todo este tiempo nefasto habrá pasado por completo. Ven.

Caiti se sentó en su regazo sin poder dejar de reír.

-¿Qué te parece? -le preguntó Rob mientras le besaba el cuello-. ¿Es una buena idea?

Ella le acarició la mejilla.

-¿Puede permitírselo Camp Caiti?

-Por fin está terminado. He decidido añadir algunos detalles para poder ofreceros algunas comodidades.

-Gracias. Sería una forma maravillosa de que ellos se fueran conociendo y de que nosotros les conozcamos a ellos. ¡Estoy deseándolo!

La besó y la puso de pie a regañadientes.

-Estarán muriéndose de ganas por verte.

Caiti se quitó el pareo y dio unos pasos de baile por la habitación.

-Eso -dijo Rob con voz cansina-, es algo que cualquiera desearía ver.

Caiti se paró y lo miró con las cejas arqueadas.

Rob se levantó y se acercó a ella, pero no la tocó. Se limitó a mirarla de arriba abajo.

-Verte así durante el resto de mi vida -le dijo con un hilo de voz.

Ella se puso de puntillas, lo agarró de los hombros y lo miró con los ojos rebosantes de amor.

-Será un placer -le replicó ella.

Lindsay Armstrong - Corazones sin rumbo (Harlequín by Mariquiña)